JOSE RAFAEL POCATERRA

INTEGRACION VENEZOLANA

"Un pueblo que no sabe de la unidad no sabe de la libertad."

O

EDITORIAL ELITE. — CARACAS - MCMXXXIX

[illegible]
[illegible]
[illegible]
Julho 14/59

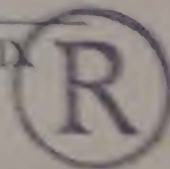
JOSE RAFAEL POCATERRA

INTEGRACION VENEZOLANA

"Un pueblo que no sabe de la unidad no sabe de la libertad."

O

EDITORIAL ELITE. — CARACAS - MCMXXXIX



NOTA AL IMPRESOR

Le había hecho a usted mantener parado el material de este libro. Esperaba incluir como capítulo final el discurso que pronunciara el 24 de junio en el Congreso Nacional, por haberme encargado este alto cuerpo de tan honroso cometido y las palabras con que abrí la Sesión Solemne el 5 de julio. Aunque ya tenía escrita una breve introducción que explicaba por qué estos trabajos veían ahora la luz pública en libro — si bien estaban ya publicados en la prensa de mi país — resuelvo retirar la introducción explicativa.

Nada más elocuente ni más valioso ni que justifique mejor la misión que me he impuesto, y que me impuse hace muchos años que insertar como prólogo, y tal cual aparece en el Diario de Debates, la sesión de la Cámara de Diputados del 29 de junio de este año.

JOSÉ RAFAEL POCATERRA.

Caracas, 5 de julio de 1939.

CAMARA DE DIPUTADOS

(Sesión vespertina del día 29 de junio de 1939.—Presidencia del Diputado doctor J. Farías Font).

EL PRESIDENTE.—Sírvase informar si hay quorum, ciudadano Secretario.

EL SECRETARIO.—Hay quorum, ciudadano Presidente.

EL PRESIDENTE.—Se abre la sesión.—(A las 4.15 p. m.). Sírvase darle lectura a la minuta del acta de la sesión anterior, ciudadano Secretario.

(Se lee). .. ..
.. ..

EL PRESIDENTE.—Tiene la palabra el Diputado Montilla.

MONTILLA.—Y ahora, voy a formular otra proposición, que también se inspira en una finalidad económica, al mismo tiempo que rendirá una utilidad provechosa.

Yo le voy a proponer a la Cámara; que aprovechemos el material del "Diario de Debate" del Congreso, donde se inserte el elocuente discurso, con que el doctor Blanco, miembro de esta Cámara, contribuyó a darle más solemnidad a la sesión que celebramos el 24 de junio, para que se haga una publicación oficial de la Cámara, bastante numerosa; de modo que esa brillante pieza oratoria, que contiene además valiosos conceptos sobre la misión de la Cámara, y sobre el papel histórico de nuestros héroes, sea distribuida profusamente en la República.

Yo creo que ésto no ocasiona mayor gasto, desde luego que el material tipográfico se utilizaría para esa finalidad de ese folleto. Así lo propongo a la Cámara.

(Se lee esta moción).

EL PRESIDENTE.—Tiene la palabra el Diputado Pietri.

PIETRI.—(L. A.).—Voy a apoyar la proposición de Montilla, pero haciéndole una modificación, y es la siguiente: que además del discurso del compañero doctor Blanco, se incluya también ese fo-

lleto el discurso del Presidente del Congreso, señor José Rafael Pocaterra.

(Se lee nuevamente la proposición Montilla, con la modificación Pietri).

EL PRESIDENTE.—En consideración de la Cámara la proposición Montilla con la modificación Pietri. Tiene la palabra el Diputado Lossada.

LOSSADA (J. E.)—Si el propósito del Diputado Montilla, ciudadanos Diputados, es que circule la pieza oratoria del Diputado Blanco, que contiene apreciaciones muy interesantes y muy acertadas sobre la labor que debe desarrollar el Congreso, pues yo creo que eso está muy bien, y debemos apoyarlo.

Ahora, la publicación del discurso del Presidente del Congreso, ya parece que no tendría esa misma finalidad. Es una oración brillante, que también merece la mayor publicidad; pero si se va a publicar la oración del Presidente del Congreso, también propondría yo entonces, que se publicaran las palabras pronunciadas por el Diputado Arocha Moreno, porque no habría entonces razón para excluirlas.

Las palabras del Diputado Arocha Moreno, constituyen un homenaje de justicia al General Rafael Urdaneta, y no debía de ninguna manera prescindirse de ellas en esa publicación.

De modo, pues, que si se concreta la publicación del discurso del Diputado Blanco, por la razón que dije anteriormente, por la finalidad que creo lleva la proposición del Diputado Montilla, está muy bien; pero de no, deben publicarse todas esas tres piezas oratorias, y así lo propongo como una modificación.

(Se lee esta modificación).

MONTILLA.—Que se vote por partes, ciudadano Presidente.

EL PRESIDENTE.—Continúa el debate. Se va a cerrar. **(Pausa).** Cerrado. Sírvase votar por partes, ciudadano Secretario.

ROSALES ARANGUREN.—Yo deseo que se vote por partes; porque yo estoy de acuerdo en que se publique el discurso del doctor Andrés Eloy Blanco, quien es un Diputado. El otro no me gusta y en cambio no le doy mi voto, sencillamente por eso.

DELGADO CHALBAUD.—Si se votan en conjunto, van a quedar negadas todas las proposiciones.

EL PRESIDENTE.—La presidencia estima que lo más conveniente sería votar la proposición con las modificaciones hechas. Lo consulta a la Cámara; porque yo no le veo...

VOCES.—Por partes, ciudadano Presidente.

EL PRESIDENTE.—Vamos a votar en primer término la proposición Montilla.

En definitiva son tres proposiciones. Si se aprueba la proposición Montilla, vendrá la modificación Pietri, y después, la del Diputado Lossada.

Los ciudadanos Diputados que estén por la proposición Montilla, pura y simplemente, lo manifestarán con la señal de acostumbrada.

EL SECRETARIO.—Está aprobada, ciudadano Presidente.

EL PRESIDENTE.—Ahora, viene la proposición Pietri, que es agregar al folleto la publicación del discurso pronunciado por el ciudadano Presidente del Senado. Los que estén por la aprobación de la modificación Pietri, se servirán manifestarlo con la señal acostumbrada.

EL SECRETARIO.—Negada, ciudadano Presidente.

PARRA VALBUENA.—Pido rectificación.

(Se rectifica: de pies 25 Diputados, mayoría 28: es negada. Hay aplausos).

FARIAS FONT (PRESIDENTE).—Ciudadano Secretario: Haga constar el voto negativo del Presidente de la Cámara de Diputados.

ROSALES ARANGUREN.—Yo hago constar mi voto afirmativo.

EL PRESIDENTE.—Tiene la palabra el Diputado Pimentel Parilli.

PIMENTEL PARILLI.—Es para hacer constar mi voto negativo a la proposición de publicar el discurso del Presidente de la Cámara del Senado. Esto lo hago como un hijo de la montaña andina que soy.

El Presidente de la Cámara del Senado se expresó en muy malos conceptos para el elemento de la montaña. De mi tierra salió el doctor Cristóbal Hurtado de Mendoza, Primer Presidente de la República, de quien dijo el Libertador: "Yo voy adelante libertando doctor: usted venga en pos de mi civilizando". (Aplausos).

EL PRESIDENTE.—Tiene la palabra el Diputado Matos Romero.

MATOS ROMERO.—Para hacer constar mi voto negativo, porque la Cámara no aprobó la modificación Pietri. Si se va a publicar el discurso del doctor Blanco, debe publicarse también la pieza oratoria magnífica del Presidente del Senado.

EL PRESIDENTE.—Haga constar el voto negativo del Diputado Matos Romero, ciudadano Secretario. Tiene la palabra el Diputado Pietri.

PIETRI.—Ciudadano Presidente: Adicioné la proposición Montilla, porque consideré de justicia incluir en esa publicación el discurso, o la brillante pieza oratoria, como acaba de decir el doctor Matos Romero, del ciudadano Presidente del Congreso. No me explico por qué la Cámara no ha aprobado también esa modificación.

EL PRESIDENTE.—Tiene la palabra el doctor Rosales Aranguren.

ROSALES ARANGUREN.—Yo le di mi aprobación a la publicación del discurso del Diputado Blanco, porque a mí me parece que

es, efectivamente, una pieza bastante interesante, bastante bella y bastante preciosa; pero yo no le puedo dar mi aprobación a que se publique la pieza del Presidente de la Cámara del Senado, porque es ofensiva para los elementos de la montaña, y tiene conceptos, precisamente, injuriosos para nosotros, que no podemos aceptarlos.

Es por eso, sencillamente, que yo quiero hacer constar mi voto y mi protesta también.

EL PRESIDENTE.—Tiene la palabra el Diputado Matos Romero.

MATOS ROMERO.—Yo creo que los Diputados que se han expresado, no han comprendido el verdadero sentido de la pieza del ciudadano Presidente del Senado. En absoluto tiene conceptos deprimentes para los hombres de la montaña, porque en Venezuela los hombres de la montaña y los del Llano y los del Lago, somos todos lo mismo, y en el sentido que se expresa abarca a toda Venezuela. Así que ese es un sentido de parroquialismo.

Yo no veo por qué se puedan tomar los de la montaña solamente los conceptos expresados por el Presidente.

EL SECRETARIO.—Han hecho constar su voto negativo a la negativa de la proposición de publicación del discurso del ciudadano Presidente del Senado, los Diputados: Farías Font, Matos Romero.

FARIAS FONT (PRESIDENTE).—Ciudadanos Diputados: He dado mi voto negativo a la proposición que triunfó para negar la publicación del elocuente discurso del ciudadano José Rafael Pocaterra, Presidente de la Cámara del Senado. Lo he dado con razón, porque el discurso Pocaterra es un discurso brillante. El no hace alusiones ofensivas contra la montaña, y no podría hacerlas, como buen venezolano que sabe que la patria nuestra no tiene fronteras, que no sean propiamente venezolanas. Me refiero en el sentido siguiente: de que nuestra Patria es única e indivisible, tanto más cuanto que el ciudadano Presidente de la Cámara del Senado hizo un homenaje sincero de gratitud y de reconocimiento al Jefe del País, que yo no considero de la montaña, sino venezolano genuino y auténtico, en todo el concepto de la palabra.

Por eso es que yo le he dado vi voto negativo a la proposición que impide la publicación de esa pieza oratoria. (Aplausos).

Yo me encuentro aquí, precisamente, como Presidente de esta Cámara. Mis mejores amigos son, y así puede decirse, los andinos; porque ellos para mí no son andinos, sino venezolanos.

De modo, pues, que no creo que hoy haya lugar siquiera de traer semejantes cosas a la Cámara de Diputados, que tiene un Jefe genuinamente nacional, sin distingo de clases, ni de cosas que puedan lesionar el interés particular de nadie, porque el regionalismo no cabe ya en la hora de las reparaciones nacionales venezolanas. (Aplausos).

EL PRESIDENTE.—Tiene la palabra el ciudadano Diputado Pimentel Parilli.

PIMENTEL PARILLI.—Ciudadano Presidente: Yo tampoco soy regionalista. De las palabras que acabé de pronunciar me reservé el nombre del General López Contreras, actual Presidente de República, pues no creí necesario pronunciarlo en ese momento; pero como el Senador Pocaterra, en su pieza oratoria dice que tiene más confianza en los hombres del Cuartel que de la montaña, quiero recordar ahora que el General López Contreras salió primero de la montaña que del Cuartel.

El escritor ilustre, y polemista y panfletista y novelista, y muchas otras cosas, ha venido en su literatura atacando a la montaña venezolana. Y yo, como Representante de un pueblo montañés, del pueblo trijillano, he creído sinceramente, que es mi deber de expresarme en los términos en que lo he hecho. (Aplausos).

EL PRESIDENTE.—Continúa el debate. Tiene la palabra el doctor Blanco.

BLANCO (ANDRES ELOY).—Ciudadano Presidente: Ciudadanos Diputados: Ante todo, debo expresar mi gratitud por el alto honor que me ha conferido esta honorable Cámara al querer que las palabras que pronuncié el 24 de junio en el Congreso Nacional sean repartidas, sean difundidas de un modo oficial. Acepto el homenaje inmerecido, porque comprendo que en esta decisión la Cámara ha sabido pesar el sentido de utilidad social que inspiró aquellas palabras, el sentido de armonía nacional, el sentido de cordialidad, para la realización venezolana. En tal virtud, acojo la disposición de la Cámara.

Como es natural, por la delicadeza de la alusión, no me era posible a mí levantar la mano, ni dejar de levantarla; quedé, pues, mientras se votó esa proposición Montilla, quedé figurándome una ausencia breve de la Cámara: Yo no estaba aquí para aprobar una moción, que tanto me honraba; pero tampoco dejaba de estar para apreciar la intención venezolanísima de la Cámara.

Si dí mi voto a la proposición Pietri, lo dí por dos razones: Primera, porque en la admirable pieza oratoria de José Rafael Pocaterra, yo francamente, no he encontrado ninguna alusión adversativa para ninguna región de Venezuela; yo no he encontrado sino un hermosísimo discurso; una verdadera pieza de alto lirismo, dedicada a la Batalla de Carabobo; un estilo de quien lo escribió: del altísimo escritor que hoy preside las sesiones de la Cámara del Senado.

No creo yo que la selva sea la montaña. Precisamente, los Páramos, la Sierra Nevada, es la ausencia de toda selva. Más bien podría sentirse aludido el guayanés, más bien podría sentirse aludido el indio del Territorio; pero nunca la montaña.

No sé qué otras razones podrán tener los distinguidos Diputados: Yo respeto su opinión; pero yo, sinceramente debo decir, como intelectual, que me hubiera gustado figurar, literariamente hablando, por lo que significa para mi orgullo de escritor, al lado de un escritor de tan alto mérito, como Pocaterra.

Yo respeto, repito, la decisión de los distinguidos colegas; pero es mi personal impresión, después de haber oído y después de haber leído el discurso de Pocaterra, que es un admirable discurso, que yo no encuentro por lo menos en él nada que no signifique glorificación del magno hecho de armas a que se refiere. (Aplausos).

EL PRESIDENTE.—Tiene la palabra el Diputado Villalobos.

VILLALOBOS.—Yo quiero en estos momentos manifestar también cuál es mi criterio respecto a este desagradable asunto que se ha planteado en la Cámara.

No veo tampoco que ningún lado en el estupendo discurso de José Rafael Pocaterra, en dónde está la ofensa al sentimiento andino. Me parece que ese gran poeta de la prosa, que es Pocaterra, cuando se refirió a la selva y al cuartel, solamente quiso hacer una recia imagen, es decir, aludió a la selva y a la montaña, como caverna en donde sale la barbarie, en un sentido completamente figurado. Como aludió al cuartel, como a un centro de donde siempre ha salido el "machetero" para elevarse a la Suprema Magistratura del País y pisotear los derechos y las libertades. En este sentido, cualquier escritor tiene derecho perfecto a expresarse como lo hizo Pocaterra. Son términos, lo repito, completamente literarios, por cierto muy bella imagen la que empleó.

Pero no creo que sea tan necesario hacer la defensa de Pocaterra, ya que el texto de su discurso lo hace por sí mismo. En cambio, si considero bastante desdoroso para nosotros los integrantes de la Cámara de Diputados, el haber negado por una resolución, quizás apasionada, por una vehemencia del momento, la adición del compañero Luis Pietri, tendiente a que se publicara al lado del hermoso discurso del compañero Andrés Eloy Blanco, el discurso del Senador José Rafael Pocaterra.

Como tengo la intención (y creo que existe en algunos otros miembros de la Cámara la misma intención) de rectificar inmediatamente el paso aventurado y apasionado que acabamos de dar, yo ruego a la Presidencia, que como no hemos pasado a considerar otro asunto, se sirva hacer rectificar la votación en la forma nominal, en lo que permite el Reglamento, a ver si así salimos de esta posición estrecha, un poco arbitraria en que nos hemos colocado, al negar la publicación de un discurso que hace honor a las letras venezolanas. (Aplausos).

EL PRESIDENTE.—Tiene la palabra el Diputado Montilla.

MONTILLA.—Ciudadano Presidente: Debo confesar que me hallo un poco desconcertado por el giro que tomó la discusión de lo que propusiera respecto de la publicación del discurso del Diputado Blanco.

El Diputado Lossada interpretó fielmente la intención que me animó al proponer semejante publicación.

Quería que al publicarse oficialmente el discurso del Diputado Blanco la Cámara de Diputados presentará así, diremos, su particular colaboración en el homenaje que el Congreso Nacional rindió el 24 de junio a la memoria de nuestros héroes y tomó parte en la celebración del "Día del Ejército".

Dije cómo apreciaba el contenido del discurso del doctor Blanco, y en ese sentido, principalmente, fué que propuse que se publicara: no como pieza literaria, sino como pieza que interpretaba fielmente cuál debe ser la labor legislativa de las Cámaras.

No creo tampoco, por lo que se refiere al discurso del Senador Pocaterra, que él contenga ofensa para la región andina. Debo confesar aquí que la madre de mis hijos es, precisamente, de la región de Los Andes; es nativa de San Cristóbal, y cualquier ofensa para la región, la recibiría yo como una ofensa propia.

Se ha especulado mucho con el anti-andinismo de José Rafael Pocaterra; pero sus palabras en la reciente jira que llegó hasta la frontera venezolana, creo que bastaron para desvirtuar la intención que se ha esgrimido en su contra. Para usar la frecuente expresión matemática del Diputado Govea, voy o decir que José Rafael Pocoterra es un venezolano ciento por ciento.

Y en un venezolano integral no pueden caber las mezquindades de regiones. Cuando José Rafael Pocaterra, en "Las Memorias de un Venezolano de la Decadencia", fustiga duramente a los andinos, no lo está haciendo a todos los hombres de la montaña: está haciéndolo a la legión de hombres, de verdaderos bárbaros que asolaron a Venezuela.

Bien sabemos, que entre los que combatimos a Juan Vicente Gómez, y entre los que sufrimos sus atropellos, un elevado porcentaje era de hombres de Los Andes. Mi mujer misma es de una familia que sufrió esas persecusiones, a ella la conocí sufriendo un largo destierro de ocho años, que se le habia impuesto.

De modo, pues, que no veo tampoco que vaya a resultar deprimente para el Senador Pocaterra, el hecho de que se haya negado su publicación, junto con el discurso del doctor Blanco, por la Cámara de Diputados, es para destacar la parte, que a nosotros como Diputados nos tocó en la celebración de la efemérides del 24 de junio.

Quiero, pues, dejar así aclarada la parte que me toca en la intervención de este debate. Y pido a mis colegas que no lo alarguemos más; porque tampoco tuve intención de que perdiéramos

el tiempo, que estamos necesitando para continuar discutiendo las Leyes que tenemos sobre la Mesa.

EL PRESIDENTE.—Tiene la palabra el Diputado Delgado Chalbaud.

DELGADO CHALBAUD.—Ciudadano Presidente: Yo soy un hombre de la montaña, yo soy de Los Andes. En las palabras del Presidente del Senado yo no he visto la intención ofensiva que se les ha querido dar: he visto lo que es muy natural y lo que es de justicia: el de recoger un dato histórico.

La verdad, señores es muy dura, muy dura pero es la verdad. Nosotros no podemos negar que aquel gigante ignaro y aquel pigmeo simiesco a que se refirió José Rafael Pocaterra en su discurso, fueron el dolor de la República durante treinta y siete años. Esa es la Historia y no podemos negarla: debemos confesarla y debemos aceptarla. ¿A qué tratar de desvirtuar los hechos? ¿Cuál es el objeto? ¿Engañarnos a nosotros mismos? ¿Qué ganamos con eso?

Yo considero que la Cámara debe reconsiderar su decisión, como un acto de justicia y como un acto de reparación a la República; porque se le va a restar el conocimiento de una de las piezas oratorias más meritorias que se han dado, a pesar de que tenga el flagelo contra la región andina, o mejor dicho, contra aquellos representativos de la región andina, que fueron un látigo constante sobre las espaldas de la República. (Aplausos).

EL PRESIDENTE.—Tiene la palabra el Diputado Juan París.

PARIS, HIJO.—Ciudadano Presidente: Yo no estaba presente cuando empezó este torbellino sobre el discurso de Pocaterra. Francamente, como las interpretó el Diputado Blanco. El se refirió a la selva, porque si vamos a la montaña, a la verdadera montaña, tan montañeses son los caraqueños como los andinos, como los zulianos, porque llegan a mil pies de altura.

De manera, pues, que lo que he querido decir es mi interpretación en el discurso de Pocaterra. Y por lo demás, yo soy partidario de la rectificación, porque me parece que estamos formando un escándalo de una cosa que no se lo merece.

EL PRESIDENTE.—La Presidencia estima mucho a los honorables Diputados, serenidad en este debate; porque estamos tratando una materia delicada, que en mi concepto no es el momento de dilucidarla aquí en la Cámara. Nuestra misión esencial es votar la Orden del Día. Suplico brevedad a los ciudadanos Diputados. Tiene la palabra el Diputado Pietri.

PIETRI (L. A.).—Ciudadanos Diputados: No imaginé nunca que mi sencilla proposición, inspirada más que todo en un acto de justicia, fuera a provocar un debate como el que se ha suscitado.

No conozco al escritor Pocaterra sino de vista, pues ni siquiera nunca he cruzado con él dos palabras; pero consideré de justicia, lo

repito, que su discurso se incluyera también al lado del discurso del compañero Blanco. Afortunadamente, las palabras del propio compañero Blanco, del Diputado Villalobos y de Delgado Chalbaud, deben llenar de satisfacción al Senador Pocaterra, aun cuando su discurso no quede incluído en dicha publicación.

Sin embargo, yo soy partidario, como lo han manifestado otros compañeros de que la Cámara reconsidere el asunto, a ver si logramos rectificar.

EL PRESIDENTE.—Tiene la palabra el Diputado Losssada.

LOSSADA (J. E.).—Ciudadanos Diputados: Unicamente, creo yo que estaría justificada la supresión del discurso del Senador José Rafael Pocaterra, si consideramos que la proposición del Diputado Montilla tuvo la finalidad que yo le interpreté; pero habiéndose promovido este debate, yo creo que no es justo que la Cámara niegue la publicación de dicho discurso, que como lo dije anteriormente, es una pieza oratoria brillantísima, porque las razones alegadas, o sea, la que de Pocaterra fustiga a la región andina, no me parece que están ajustadas a la verdad.

La crítica de Pocaterra no es una crítica contra determinada región de la República. El ha criticado a los malos hijos de la Patria, de donde quiera que vengan. Esta es una crítica inspirada en el mismo amor por Venezuela.

Habiéndose, pues, propuesto que se publique también dicho discurso, de ninguna manera la Cámara diebera negar dicha proposición. Yo creo que ha habido aquí un lamentable error.

Por eso, yo apoyo la proposición del Diputado Villalobos, de que se someta a votación nominal dicha proposición. El discurso de Pocaterra es una pieza verdaderamente elocuente, una pieza escrita con el estilo que siempre ha distinguido a tan ilustre escritor, y sería verdaderamente lamentable que no se insertara en la publicación que va a hacerse.

Yo creo, pues, que debemos rectificar y esto daría también cabida a la publicación de las brillantes palabras del Diputado Arocha Moreno.

EL SECRETARIO.—Ciudadano Presidente: Me permito informar que hay una proposición del Diputado Delgado Chalbaud.

EL PRESIDENTE.—Eso no es una proposición propiamente dicho. Es una sugerencia a la Presidencia de la Cámara. Eso está dentro de la atribución de la Cámara, y en su debida oportunidad la Presidencia tomará la determinación, de conformidad con su criterio. Tiene la palabra el Diputado Gallegos.

GALLEGOS.—No es natural que yo me abstenga de tomar la palabra en este debate. Hay razones personales que podrían hacer aparecer mi silencio como debido a sentimientos que no son los que verdaderamente lo han inspirado hasta ahora.

Fuí uno de los que aprobó la proposición de Montilla, y de los que le negó el voto a la proposición Pietri. No lo hice por el discurso del Senador José Rafael Pocaterra, sino porque creo que la proposición de Montilla tiene una finalidad perfectamente justificable: publicar la pieza oratoria de un Diputado. Es la Cámara de Diputados quien va a hacer ésto, y puede sencillamente publicar la de un Diputado. La del Senado, puedo hacerlo con la pieza oratoria del Senador Pocaterra.

Por esta razón, no creí necesario incluir en el folleto los discursos de Pocaterra y las palabras de Arocha Moreno. Pero si yo hubiera sospechado que este debate iba a surgir después, le habría dado también mi voto aprobatorio a la proposición Pietri.

Yo no creo de ninguna manera que pueda aducirse como razón, para negarle el voto a esa proposición, a la alusión que José Rafael Pocaterra haya hecho a la montaña. Ya el Diputado Blanco ha hecho notar que se trata de una figura literaria. No creo que haya razones para tamaña actitud; pero tampoco creo que se deba reconsiderar la moción propuesta, porque ya la Cámara tomó una determinación, y ya hay constancia de votos negados en el acta. Esto sería una situación bastante embarazosa. Asumiría los caracteres de un desagravio a José Rafael Pocaterra. Y yo no creo (es mi opinión) de que la Cámara fuera a llegar a ello.

Yo no entiendo que se ha agraviado a José Rafael Pocaterra. Ha habido Diputados que se han sentido ofendidos por palabras de él. Una manera de interpretarlas. Otros no lo han sido, (siendo también andinos), como lo acaba de manifestar el Diputado Delgado Chalbaud.

Creo, pues, que las cosas deben dejarse en el terreno en que están. Si he tomado la palabra es porque soy también escritor, y no quería yo permanecer en silencio cuando se trataba de otro escritor a quien estimo mucho y a quien personalmente quiero mucho.

EL PRESIDENTE.—Tiene la palabra el Diputado García.

GARCIA.—En varias ocasiones he notado que muchos Diputados hacen alarde de amor a la Patria. Pues bien: el discurso del Senador José Rafael Pocaterra es un himno a la Patria. Un himno a la Batalla de Carabobo: el campo sacrosanto de la Patria.

De modo, pues, que esas personas que se han opuesto que se publique el discurso de José Rafael Pocaterra, posponen el amor de la Patria al amor de su parroquia.

Doy mi voto a la proposición de rectificación del Diputado Villalobos.

EL PRESIDENTE.—Tiene la palabra el Diputado Pacheco Miranda.

PACHECO MIRANDA.—Ciudadano Presidente. Ciudadanos Diputados: Fuí de los que le dí mi voto a la proposición del honora-

ble Diputado doctor Pietri; porque consideré que en el discurso del honorable Senador José Rafael Pocaterra no hay una ofensa expresa contra los hijos de la región andina: se trata de una frase retórica, inspirada en la Historia. Todos los pueblos tienen sus hombres buenos y sus hombres malos. A Los Andes les sobran laureles, y no tienen para qué reclamar las frases de Pocaterra como una ofensa. Los Andes, cuando nos quisieron dar la esencia de la probidad en la Magistratura, nos dieron a Cristóbal de Mendoza; cuando nos quisieron dar un hombre de serenidad patriótica para defender los intereses de la libertad; nos dieron a Antonio Nicolás Briceño; cuando nos quisieron dar, científicamente hablando, a un hombre genial, nos dieron al Br. Rafael Rangel; y cuando nos quisieron dar un bandido de talla, nos dieron a Juan Vicente Gómez. (Aplausos).

Por esta circunstancia, creo que esto huelga ciudadanos Diputados. Si vuelve a tratarse el asunto de publicar el discurso del honorable Senador Pocaterra, con mucho gusto le volveré a dar el voto, sin creer que yo esté ofendiendo a los honorables Diputados de la región de los Andes. (Aplausos).

EL PRESIDENTE.—La Presidencia estima que está suficientemente debatido este asunto. Tiene la palabra el doctor Rojas Contreras.

ROJAS CONTRERAS.—Ciudadanos Diputados: Debo empezar por manifestar que yo no conozco el discurso del señor Pocaterra, de tal manera que cuando no le dí el voto a la proposición del distinguido colega Pietri, fué justamente, porque no sabía a qué le iba a dar el voto. Posteriormente se han hecho comentarios alrededor de aquella pieza, que repito, no conozco. Le dí el voto, sí, a la proposición de imprimir y distribuir el notable discurso del distinguido colega doctor Blanco. Yo le dije a los compañeros que están cerca de mí, que la primera vez que yo llamaba a alguien para felicitarlo por un discurso, es el día que llamé a la casa del doctor Andrés Eloy Blanco para felicitarlo por su pieza oratoria. Me pareció de trascendencia el discurso de Andrés Eloy Blanco, especialmente, por la doctrina que contiene; no porque fuera celebración del 24 de junio, sino como una pieza que contenía una doctrina respecto de la manera de hacer leyes, y respecto del tipo de leyes que debemos hacer, y respecto de la reforma que el país necesita. En ese sentido, como doctrina, le dí el voto a publicar en folleto el notable discurso del distinguido compañero. Ahora bien, en el caso llegado de hacer una manifestación de regionalismo, o anti-regionalismo, en presencia del discurso del Senador Pocaterra, yo, sin conocer el discurso, le voy a dar el voto a la publicación; pero eso sí, voy a suplicarle a los distinguidos colegas, que cuando se someta nuevamente a votación la materia, sea en la forma siguiente: que se publique en folleto aparte, porque me parece que no hay ninguna relación entre los

conceptos, o el tipo de discurso del compañero Blanco, y el tipo de discurso de otra índole, del distinguido Senador Pocaterra. De tal manera que yo le daré el voto a esa proposición, pero con esa modificación: que la Cámara decida publicar en otro folleto, en un folleto aparte, ei discurso de Pocaterra; porque desearía yo que los lectores aprendan la doctrina que contiene el discurso del doctor Blanco, independientemente de esa pieza que contiene una loa a un tiempo que ya pasó, y a una orientación distinta de la cosa política del pais, como es por lo que he podido entender, el discurso de Pocaterra. Respecto de que haya dicho esto o aquello en contra de tal o cual región del país, eso me tiene sin cuidado. Y yo, justamente, como hijo de la montaña, no tengo ningún inconveniente de darle mi voto a ese discurso por más insultos que tenga contra la región, porque eso no tienen ninguna importancia.

EL PRESIDENTE.—La Presidencia va a cerrar el debate. El ciudadano doctor Rojas Contreras, en cierto modo ha hecho una explicación que puede hacernos salir de este paso. El habla en cierto modo de una moción de publicar en folleto aparte el discurso del ciudadano José Rafael Pocaterra. No ha hecho una proposición. En cuanto a la proposición de Delgado Chalbaud, de reconsiderar nuevamente este asunto que, en concepto de la Cámara, está definitivamente resuelto, la Presidencia le deja a salvo el derecho al Diputado a que reclame de la decisión de la Presidencia, puesto que la Presidencia considera terminado este asunto, y va a pasar otras materias. Si el Diputado Delgado Chalbaud quiere reclamar de la decisión de la Presidencia, puede hacerlo.

DELGADO CHALBAUD.—(Desde su asiento) No hay necesidad, ciudadano Presidente.

EL PRESIDENTE.—Tiene la palabra el Diputado Villalobos.

VILLALOBOS.—Yo no sé si el Diputado Delgado Chalbaud irá a reclamar algo. Lo que sí sé es que yo hice una proposición tendiente a que se rectificara nominalmente la votación, en vista de que yo creo que es la mejor manera de reconsiderar el asunto, sin necesidad de reabrir un debate, ni mucho menos.

EL PRESIDENTE.—La posición que ocupa el ciudadano Diputado, no la cree reglamentaria la Presidencia, puesto que el asunto fué definitivamente resuelto, así lo confiesa la Presidencia.

VILLALOBOS.—Ciudadano Presidente: Yo había pedido simplemente una rectificación de la votación.

EL PRESIDENTE.—Pero no se puede hacer, ciudadano Diputado, por la circunstancia de que el asunto fué votado. Usted mismo lo comprende, que yo estaba del lado de la proposición Pietri, y me paré en mi carácter de Diputado a hacer una explicación a la Cámara para calmar el ánimo, puesto que yo ví en cierto modo que se había perdido en algunos la serenidad.

VILLALOBOS.—Salvo mi voto entonces en la aprobación que le dió la Cámara a eso, ciudadano Presidente, porque sin que ésto signifique una protesta, que en los momentos no tengo ganas de hacer, yo creo que estoy perfectamente dentro del Reglamento, ya que el artículo 45, si el ciudadano Presidente me lo permite leer (Concedido el permiso) dice así: "Votación dudosa. Se llama: cuando algún miembro pide que se rectifique la votación por creerla dudosa o por haber votado equivocadamente, el Presidente lo dispondrá así, siempre que ya no se esté tratando de otro asunto o que se haya separado del salón algún Diputado de los que acaben de votar, etc." No se estaba tratando de otro asunto, ni se habís separado del salón ningún Diputado. Por eso, yo creia que estaba dentro del Reglamento.

EL PRESIDENTE.—Tiene la palabra el Diputado Gallegos.

GALLEGOS.—No creo que se trate de una votación dudosa. La votación fué perfectamente clara. En la primera y la segunda vez quedó de manifiesto que la proposición estaba negada. Yo creo que el Diputado Vilallobos con un ánimo muy digno de elogio, por tratarse también de un escritor, en vista del sesgo que tomó el debate, posterior a la votación, fué que propuso la rectificación. Yo estoy seguro que si no se hubiera sacado aquí al caso las ofensas o nó hechas por el Senador Pocaterra a la región andina, este asunto habría terminado hace rato. Creo que nosotros hemos procedido perfectamente bien. El escritor Pocaterra me conoce y sabe que en mí no hay mezquindad. Y yo, repito, le negué mi voto a esa proposición porque no la creia del caso: se trataba del caso de que la Cámara publique el discurso de un Diputado. Por eso, dí mi voto a la anterior proposición. No ha habido aquí ofensas al Senador Pocaterra de ninguna manera. No hay ninguna necesidad de desagraviarlo con una rectificación, o con una votación nominal. Yo creo que el asunto está bien terminado.

EL SECRETARIO.—Ciudadano Presidente: La Secretaria cumple en informar que a las puertas del salón se halla una Comisión de la honorable Cámara del Senado. (Aquí recibimiento reglamentario de la Comisión y despedida de la misma).

EL PRESIDENTE.—Tiene la palabra el Diputado Blanco. Supongo que será sobre otra materia.

BLANCO (ANDRES ELOY).—Unicamente, como había notado cierta duda en cuanto se iba a hacer o nó rectificación, porque ya la Presidencia decidió lo contrario, yo me voy a permitir para poner punto final al asunto, me voy a permitir hablar en nombre, no del Senador, sino del escritor José Rafael Pocaterra. Voy a hacer lo que él haría en mi caso, y deseo que los honorables Diputados pongan en ésto la interpretación que requiere el asunto, toda la cordialidad de mi invitación. Yo creo que debe ponerse punto final a ésto, y no

[illegible] en la publicación del discurso de Pocaterra. Esto lo digo en nombre de él; éste lo haría él en nombre mío, porque creo yo que, al modificar la Cámara, indudablemente que por la lectura de la prensa, por el rumor de la discusión misma, el Senador Pocaterra iría a recibir un homenaje amargo, que, quizá él no aceptaría.

EL PRESIDENTE.—Continúe, ciudadano Secretario, con la materia a considerar.

[illegible].—Hay una proposición con respecto a las palabras del Diputado Arocha Moreno.

EL PRESIDENTE.—¿Hay una proposición aparte que no se ha votado, ciudadano Secretario?

EL SECRETARIO.—Hay una modificación del Diputado Jesús Enrique Losada—tendiente a que se publicara el discurso del doctor Andrés Eloy Blanco, y el del Senador Pocaterra, él propone que también se incluyan las palabras que pronunció el Diputado Arocha Moreno en la misma oportunidad, como homenaje al General Rafael Urdaneta.

LOSADA (J. E.).—Pido la palabra, ciudadano Presidente. (*Concedida*). Ciudadanos Diputados. Mi proposición fué subsidiaria de la proposición de doctor Pietri, que para el caso de que se publicara el discurso del Senador Pocaterra, se publicaran también las palabras del Diputado Arocha Moreno; pero habiendo negado la Cámara la publicación del discurso del Senador Pócaterra, ya mi proposición no tiene por qué ser sometida a votación; y el mismo Diputado Arocha Moreno me ha pedido que la retire. Yo no creo que sea necesario pedir el retiro de mi proposición puesto que ya ésta no tiene objeto: pereció con la negativa de la proposición del Diputado Pietri.

EL PRESIDENTE.—Es justo el criterio del Diputado doctor Losada. Así lo estima la Presidencia y en consideración a ésto, fué que ordenó a la Secretaría la consideración a la materia que está sobre la mesa. Pase al Orden del Día ciudadano Secretario.

LARA

En el Teatro Juárez de Barquisimeto
la noche del 6 de Junio de 1938.
Tema: "La Pequeña Anarquía."

N este Teatro de Aquilino Juárez, cuyo nombre solo evoca un Lara de los grandes días, aquel que amasó con tierra roja y azul crepuscular los vestigios de una raza y el alma bravía e imperecedera de la América India, vengo desde el fondo del tiempo, de la distancia y de la muerte, a consagrar el voto lejano de mi corazón desterrado; aquí estoy, —venezolano de Venezuela que no de registro, en cualquiera parroquia extraña, a tus sabanas y a tus cerros—, aquí estoy con el espíritu arrodillado ante tu fuerza potencial de gran pueblo mediterráneo, entre pueblos alertas o dormidos: sólo traigo mis manos pobres y limpias, para tu trabajo: mi corazón de hombre de la Venezuela dolorida, para tu amor.

Uno y otras los pondré como piedras gemelas y angulares de la labor futura que a todos nos toca emprender; y desandaré lo andado, y ajustaré la correa de mis sandalias para la peregrinación de las serranías, con el deber duro de la marcha en silencio y trabajo para el acercamiento —no a mí, ni a otro ni a nadie— sino a tu propio hermano el de otro caserío y el de otro gentilicio; deber ese que aquel grande angustiado de los grandes días invocaba con la voz fea y rota de la agonía, entre una época más turbia que las bocas del Magdalena, deber ese supremo que en toda hora como ésta debe circular —co-

mo circula el santo y seña en la penumbra de los campamentos — grave, sereno, responsable, sincero: unión, unión, larenses, unión; que si Aquél decía que os iba a devorar la anarquía, éste que os habla, el último de sus hijos, os lo repite en presente indicativo: que os devora...

Porque Aquél hablaba de la grande anarquía y yo trato de la pequeña, ¡los dioses han querido que vivamos entre cosas pequeñas!, y de la anarquía individual y de la colectivizada: de esa que arropa el exclusivismo en el círculo y el círculo en el partido y que, como líquido por un embudo, si en la superficie está pletórico, amplio de contenido, va reduciendo el volumen del líquido, insensiblemente, hasta hacerlo pasar, en su esencia y en su potencia, por el hueco miserable de la conveniencia propia que llena la mezquina botella personal.

Poco o nada más puedo deciros que ya no palpite en mis palabras dejadas tras de mí, pero lo interesante, larenses —los del Barquisimeto capitalino, valeroso, hidalgo; los de El Tocuyo que clava su nombre en el mapa ideológico por los hombres de ayer y por los de hoy; los de Carora resistente, arrollada en sí misma como esos viejos pergaminos que contienen la pragmática de un derecho, los del Municipio y los del Distrito, y los del barrio pobre y los del caserío ignoto —izquierdas, derechas, centros— toda esa masa india, dura y tenaz que totaliza una época y tiene nombre propio en la historia; lo interesante no soy yo ni las palabras que dejé tras de mí: lo interesante sois vosotros, vuestros deseos, las aspiraciones justas de *ser porque ya se ha sido...*

Ah! y cómo fué entonces dócil e inteligente esta hermosa materia heroica con la que se construyó el pasado.

Después vino la zona de sombras —como los pájaros crepusculares— buitres y palomas, cucaracheros y gavilanes... pero todos eran de aquí, volaban por un cielo

familiar y su bondad o su crueldad, su mansedumbre o su tendencia rapaz no eran sino cosa natural.

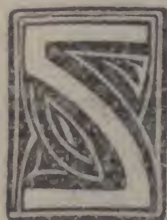
Por esta natural progenie de las cosas y de los seres, en virtud de esta misma noción humanísima de que todo es como debe ser, yo quiero tocar en el alma larense una cuerda recóndita e inédita hasta hoy para la armonía nacional: desde esta altiplanicie en que se asienta y que está rodeada de historia contemporánea, escribiendo estas cuartillas anoche, en el silencio de mi cuarto y de mi corazón, bajo el alto techo de obra limpia donde resonaron ayer apenas voces de cólera sin freno o de ira sin raciocinio, en nombre de esa alta piedad del espíritu que se llama el entendimiento y que se condensa en el olvido, por la salvación de lo que queda y por el imperativo categórico de una patria mejor hasta aquí llego, y es aquí en Lara, en Barquisimeto, en el corazón de la ancha tierra que ondula y se arruga en los Andes para sacudir hacia los bosques misteriosos de la selva su fustán llanero de amarillo verdoso salpicado con amapolas de sangre, donde abro mis labios en función de propaganda pública por la primera vez, tras la pausa de veinte años tremendos; y como mi pobreza no tiene que ofrecer sino esta primicia de mi espíritu, aquí estoy... y partiré cuando el sol se parta del horizonte; aquí estoy y aquí vengo a recoger de vuestros labios el derecho de ir mañana a decir a nuestros hermanos del lado de allá de la Sierra Madre de Venezuela: aquí me mandaron los larenses a decirles con mis labios de venezolano integral que nuestro corazón de hermanos, adolorido pero intacto, viene a palpitar un instante cerca del vuestro, porque Venezuela es una y total, una y sola, una y santa, y maldito sea quien piense mal.

Es cuanto tenía que decir. Yo no vengo aquí buscando nada, porque lo quiero todo; el hombre en sí y el partido o el sector con él: el larense de Lara y el larense de

Venezuela: así de mano en mano, de pueblo en pueblo, de liminar en liminar, nos iremos pasando la antorcha en la carrera del futuro hasta que encendamos el fuego en el ara y partamos juntos, iguales y contentos, el pan de la tierra.

MERIDA

En el Paraninfo de la Universidad de Los Andes en la tarde del 12 de Junio de 1938. Tema: "Trabajo y Letras."



SEÑORES de esta Universidad, en la persona de su señor Rector: Mi saludo comprende desde los altos funcionarios hasta la gente que se agrupa en las puertas y en los pasillos: no podría dividir el conjunto en categorías, ya que esta concresión de la voluntad andina, que montó cátedra en la piedra alta y sobre la cátedra el espíritu imperecedero, si no "ató su carro a una estrella", sí supo erigir desde la colonia ingenua hasta los días turbios del presente, estriados de una violencia que es energía primaria a ladrillo y cemento y sobre tapias viejas y en las zanjas del corral derruído, esta misma voluntad andina de supervivir a través de las fuerzas bárbaras con que empezó su ímpetu, y como cogidos en las dos puntas de la tenaza de su ambición, un 23 de mayo se reviste de la toga pretexta para llamar "Libertador" en trance de Patria Grande al hombre pequeñín de los nobles días, y otro 23 de mayo ve surgir, hacia las vertientes inferiores de estas moles de piedra colosales, arrugadas como una contracción del pensamiento, recias como una resolución final, el lento desfile de sus troperos valerosos que vienen desde el interior de las tierras hacia la costa, no como se ha dicho para crear ninguna unidad nacional, sino para compensar en un compás de ley pendular la incursión que vino de las cos-

tas hacia las montañas, la incursión inhumana y torpe en aquellas turbonadas con que el cacique civil se abrochaba las botas de lustre y el cacique brutal la correa de su sandalia trepadora.

Y desde un poco más allá del paralelo 60 hasta tener que subir mucho, y ensordecer de páramo y castigarme el espíritu extrañado en el tiempo y en el paisaje, subí y subí, y en el tope del Cóndor me emborraché de eternidad solitaria, y hasta aquí he llegado, al corazón físico y mental de la Cordillera, sin que mis manos traigan cestos de frutas o granjeas favorables ni ramos de rosas laudatorias...

Quizá el postrer representante de una generación sacrificada hable aquí esta tarde por mi boca; y acaso amasando en mi amargura la vuestra, y no teniendo más y no pudiendo más, todo esta palabrería literaria que se enredó esta mañana en la pluma, no sea ni el eco siquiera del gran grito que se me apretuja en los labios, y que ya otro formulara ayer ante la quiebra fraudulenta de una civilización: —no! nunca! Ustedes los jóvenes, no!

Reducir, estudiantes, al mezquino marco de la cronología, al pleito de las generaciones, este concepto, ¿no os parece cosa inferior y digna del mito freudiano de la tribu, que devoró a los más viejos para que pasaran por el vulgar fenómeno digestivo las virtudes esenciales de su propia raza?

Hombres nuevos, hombres de ciencia, de lucha, de error o de triunfo hacia el porvenir, descendamos las gradas del anfiteatro retórico, y vamos a acercarnos al cadáver de nuestro propio desastre: que cuaje fruto de serenidad la obra, y que cuando el que habla no sea sino la silueta borrosa de un automóvil que se pierde en la vuelta de un cerro cualquiera, aun quede vibrando el eco de mi pobre voz aumentada y repetida en la caverna de una

Fingal imaginaria, resonando y resonando una, dos, tres, diez veces: No! nunca! ustedes no!

Y en este pronombre quede el contenido del abuelo que fundó, del padre que *conservó*, del hijo que va a realizar la más gloriosa comisión al comando de sus antepasados:—Id a formar sobre la roca el altar y a consagrar sobre ella, con el dolor de un sacrificio, la unidad de vuestras ilusiones con la experiencia de nuestros fracasos.

Mi conferencia —o como se llame— se compone de dos partes: notas sin pretensiones dogmáticas, ni económicas, ni filosóficas ni literarias. Fruto de alguna meditación, resumen de impresiones: la una es sobre la justicia social y la incidencia de una ley pertinente; la otra, algunos apuntes acerca de las letras. Todo universitario y en plano expositivo.

I

TRABAJO

La "Revue Internationale du Travail", de Ginebra, que era el órgano del ramo de la Sociedad de Las Naciones, califica el nuevo código de trabajo mexicano, como el resumen más notable de la legislación pertinente al caso en el mundo entero. Sin duda contiene muchas disposiciones desconocidas en Europa y, naturalmente, en la mayor parte de los países americanos, si no en casi todos. Algunas ya han sido adoptadas, aunque por analogía y desde tiempo atrás en las legislaciones del Norte. Una unión sindical-central apoyada en la masa obrera del país, se considera como la que mayor papel desempeñó en la elaboración de esta Ley.

Es el corolario de la evolución comenzada en México, desde 1910; y si bien es una de las pocas cosas logradas en virtud de la revolución mexicana, contrasta con la for-

ma retrógrada y reaccionaria con que otras líneas de avance legislativo han venido a rematarse en México mismo. Esto es, en la política del cacicazgo, masa sobre la base de una dictadura oficialmente mayoritaria, pero minoria social y política, porque lo gregario no es nación, en cuanto a contenido psicológico.

No es de este punto ahora discutir otros principios. Refirámonos en resumen conciso a las disposiciones, a la parte técnica que es lo que importa. Con ésta, como con casi todas las leyes por aplicar en nuestros países, su esencia está en razón inversa con su aplicación.

El radio de acción no comprende en cuanto a "ley de trabajo" a los funcionarios del Estado. Nada de aquel "España es una asociación de trabajadores", o cosa así con que comenzaba la Carta de la Constituyente peninsular republicana. Una ley especial de funcionarios regirá éstos. Socialismo moderado. Socialismo legítimo.

El Código prescribe que cada patrono o principal que emplea, deberá dar cabida a un 90% de mexicanos. Cuba, por ejemplo, debate aún 50%. Nacionalismo autorizado por la mejor práctica, principio indiscutible siempre que tal preferencia no implique perjuicio de eficiencia en las labores técnicas. En síntesis, si una empresa necesita un ingeniero y tiene dos candidatos: un profesional sueco excelente y otro criollo que no pasó de ser media-cuchara, la nacionalidad no debe tomarse en cuenta. De otro modo se ataca a la nación misma en la fuente de su eficiencia; y este tópico será de mucha ventaja electoral, pero de una detestable doctrina. Nacionalizarse *ad homine* es medida falsa, aun más inconsistente que esos "primeros papeles" que el emigrante saca en Norte América.

El código sí recomienda mucho que se reemplacen los contratos individuales por los colectivos, pero no impone al obrero que debe formar parte de uniones, sindica-

tos o asociaciones. Y ésto sí es entender la libertad civil; porque los hombres no son menores de reformatorio, ni eslabones obligados de una cadena de intereses anti-sociales, que toman nombre de asociación para ocultar el contrasentido con el nombre.

Y para que no se caiga en el extremo: la captación patronal del obrero como individuo; ni éste sea la unidad inconforme que se sitúa en pro o en contra, si el contrato colectivo se ha celebrado entre el patrono y las dos terceras partes de los sindicatos, de una rama de industria y de su distrito, comprometerá a todos los patronos y a todos los obreros de esa industria y de ese distrito, al prescribirlo así un decreto. Fórmula fascista en el buen sentido: la intervención del Estado como norma de generalización y estabilización. No estatización, que es otra cosa.

Todo contrato, desde luego, escrito y nunca mayor de un año. Pueden hacerse verbalmente convenios con obreros agrícolas, domésticos y temporeros. Si el patrón toma sus obreros de entre los miembros de un sindicato está obligado, siempre que así lo exija el sindicato, a celebrar el contrato colectivo. Y en éste debe preveerse que quien emplea se obliga a dar trabajo solamente a obreros sindicados. Perfecta doctrina en el contrato bilateral. Y ya sabemos que "los pequeños contratos" son el rompecabeza jurídico, y no es cosa que vayan a remediar de un día para otro actitudes patronales ni protestas proletarias.

La ley de que trato reconoce tres grupos de asociaciones: las profesionales, o sea las de personas del mismo oficio; las compuestas por personas de diversos oficios o diversas ramas económicas; y, finalmente, las asociaciones industriales que cuentan con miembros que forman parte de oficios o ramos económicos, diversos.

Ni por parte de los obreros ni por parte de los patronos se necesita autorización para organizarse en asociaciones. Cada sindicato obrero deberá componerse con un mínimo de veinte miembros, y con tres cada sindicato patronal al menos. Pero, para que la asociación pueda tener carácter legal, deberá estar inscrita en la Comisión de Conciliación y Arbitraje con su nombre, su razón social, su objeto primordial, los derechos y deberes de los miembros, el sistema de elección para el comité directivo, las condiciones de admisión o de exclusión, el pago y cómo se utilizan las contribuciones, las fechas de las asambleas generales, las de presentación de cuentas y lo relativo a la disolución de la sociedad. Pero las asociaciones profesionales deben ser neutrales en materia política y religiosa.

Para interpretar esta disposición, menester es recordar que se trata de una ley mexicana. No habrá que mencionar, en tesis general, tal restricción.

En cuanto a horas de labor se efectuará de 6 a. m. a 8 p. m. La nocturna de 8 p. m. a 6 a. m. y en todo caso no pasar de las 7. La jornada de trabajo para jóvenes entre 12 y 16 años nunca mayor de 6 horas. Puede comprometerse trabajo suplementario hasta por tres horas en tres días consecutivos por semana. En total, la semana no cuenta sino por 57 horas de trabajo. El suplementario, el nocturno o el peligroso o malsano prohibido para mujeres y para los menores de 16 años. Después de un año de servicios, el obrero tendrá derecho legalmente a 4 días de vacaciones pagadas y a los dos años a 6 días.

Los pequeños artesanos tienen los mismos deberes que cumplir que los otros patronos en general.

Las pequeñas industrias, los talleres de familia y el trabajo a domicilio quedan sujetos a inspección; el sa-

lario del obrero a domicilio no debe ser inferior al que recibiría en una fábrica por igual trabajo.

En materia de huelgas y paros *(locks-outs)* el código mexicano es preciso: para ser legales requiérese una de estas tres condiciones:

1ª—Para establecer el equilibrio entre los diversos factores de la producción; de modo que los derechos del obrero sean equivalentes a los del capital;

2ª—Para obligar al patrono o principal que emplea a efectuar o a cumplir un contrato colectivo; y

3ª—Para impedir la renovación de un contrato colectivo o su expiración. Las dos condiciones últimas pueden condensarse en una: cumplimiento de la justicia social que implica la primera.

Pero el tino y el valor moral de un gobierno revolucionario *en teoría* como es el mexicano, está en la manera de interpretar la legalidad de una huelga; y ni aquí ni en parte alguna puede imaginarse una política más radical obrera. Repito, *en teoría.*

Es ilegal la huelga en México; cuando la mayoría de los huelguistas ataca personas y propiedades; y en tiempo de guerra (desde luego, civil, ya que la internacional es obvio) cuando los obreros están al servicio del Estado. Aparece aquí de nuevo la fórmula fascista implícita.

Antes de que una huelga sea declarada, los obreros están obligados a someter por escrito al patrón sus reivindicaciones y a conceder un plazo de seis días para la respuesta. Para las empresas públicas este plazo es de 10 días. La Comisión de Conciliación es la que debe decretar la huelga.

Al ser reconocida legal, el patrono está obligado a pagar los salarios a los obreros, mientras dure la huelga. Y ésta sí que es una disposición única en su género. Claro es que le está prohibido servirse de rompe-huelgas.

La disposición radicalísima no parece visar sino la natural presión económica, que determinará una mayor facilidad de comprensión y de humanidad por parte del capital; si bien, restringido el derecho de huelga, el obrero no puede abusar de tal ventaja. O sea, en otras palabras, más motivos de huelga, menores pérdidas para ambos, patrón y obrero. Una cosa compensa la otra.

En cuanto a los paros *(lock-outs)*, no los admite la ley, sino en casos de superproducción, cuando la empresa está obligada a suspender sus actividades para mantener los precios. Es también la Comisión de Conciliación la que, después de oír a las partes interesadas, autoriza el paro o *lock-outs*. Al recomenzar el trabajo, los antiguos obreros deberán ser utilizados. Si se decretare un paro contrario a tales disposiciones, o si un patrón invoca arbitrariamente estado ruinoso, quedará sometido a las multas o sanciones que imponga el código penal o el código de trabajo. En casos de ese género, el patrón tendrá que continuar pagando el salario a los obreros. Pero si el paro se decreta por la Comisión de Conciliación, el patrón no tendrá que pagar salarios.

En su esencia y en su significado, toda esta legislación susténtase en dos sanos principios económico-sociales: el contrato individual cediendo al contrato colectivo, solidaridad obrera; y la Comisión de Conciliación, rigiendo las tendencias excesivas o funestas, protegiendo el capital.

Este resumen hecho de prisa, a vuela pluma, no es ni con mucho una aprobación absoluta de la forma o del fondo de esa ley con que México sorprende al mundo. Es tan solo la verificación precisa de que por lo menos al plantearse el problema obrero, se sabe qué es lo que se desea y adónde se va.

Los gobiernos que no son ni "capitalistas" ni "proletarios" sino gobiernos, pueden hallar de acuerdo con la

modalidad ambiente algo que sirva de base a la coordinación de intereses; y si en poblaciones obreras de mayor extensión y diversificación se hace necesario un cuerpo de reglamentos más detallados, a México le corresponde el mérito de haber extraído del "confusionismo" de las masas y de la deliberada intransigencia de los capitalistas, una base de justicia social aplicada.

Conocer una máquina no es saber de lo que está hecha, ni el nombre y número de las piezas que contenga: es saberla poner en marcha.

No es lo que viene —y que ya vemos llegando— ni turbión ni desastre; ni triunfo tampoco: es realización de las posibilidades a que tienen derecho los pueblos que no se resignan a hacer gracia triste las alegrías sanas de la inteligencia aplicada.

II

LETRAS

El que podríamos llamar período clásico, que comprende desde los días de la guerra de Independencia, 1810, hasta después de la Revolución Federal, refleja simplemente la modalidad literaria de España, entonces. Como figuras destacadas, pero más bien para la América Hispana que para Venezuela, aparecen en orden cronológico Andrés Bello, Rafael María Baralt, Cecilio Acosta. Bello no es precisamente un poeta neo-romántico: tiene de la poesía peninsular el corte, el estilo, la estricta prosodia antigua. Luego sufre la influencia de Víctor Hugo, tal vez de Vigni, pero siempre vuelve al viejo molde castellano, a las formas de la oda a lo Fray Luis de León, del endecasílabo sonoro, acuñado en el oro obriso de los varones preclaros de fines del siglo XVII.

Baralt, en materia gramatical, puede decirse que era más papista que el Papa, y según expresión del docto don

Juan Valera, hasta los dedos se le antojaban *huéspedes*. Es él quien compone ese "Diccionario de Galicismos", que los propios rancios académicos de la época de Isabel II consideran "exagerado". Compone asimismo tres volúmenes de la Historia de Venezuela; y si la narración adolece del defecto de lo que se escribe casi contemporáneamente, y lejos del teatro de los sucesos y sin mucha documentación (un editor venezolano le pagaba treinta pesos mensuales para que viviera mientras escribía esa Historia, en París), en cambio refleja el buen gusto y la pulcritud de su estilo, si bien ciertos calificativos, o son erratas de impresión u "Homero dormía", porque en general fué un maestro consumado de la lengua, y él y el colombiano Rufino José Cuervo son, acaso, después de Bello, los más altos valores de la lengua castellana en América. El argentino Domingo Faustino Sarmiento, el autor de "Facundo" es, sin duda, un gran exponente literario, pero nunca puede considerársele a la altura de estos Bello, Baralt, Cuervo, Cecilio Acosta, ni aún del mismo Juan Vicente González, debido a ciertas formas chabacanas y desgarradas de que usó y abusó...

Los poetas de esa generación desde la Independencia al 63 vienen reflejando igualmente la evolución que se efectuaba en la Madre Patria, esto es, la castellanidad profunda iba afrancesándose, pero afrancesándose *sin saber francés*, hasta las ñoñerías de los poetas de la Corte Isabelina, o la falsa épica del drama "heroíco" sobre la base de redondillas retumbantes, cuya más excelsa expresión es Zorrilla, o de "quejas del laúd", la "sílfide", la "náyade", la "ondina" y toda la caterva de un romanticismo empalagoso de abanicos, agua de rosa y aeróticos.

Si corría bajo las capas de la literatura oficial u oficiosa, como siempre, la vena original, genuína del buen gusto y del genio que detonó —en Larra allá y aquí en Acosta.

Así, pues, dadas las apreciables excepciones menores y una destacadísima: don Cecilio Acosta, polígrafo, que escribía el más hermoso idioma de este lado del mar, surge con Juan Vicente González, y especialmente en su "Biografía de Ribas" y seguramente en sus "Mesenianas", para componer las cuales se inspiró en las de Casimiro Delavigne, — entonces en boga — preñadas del chatobrianismo formidable y católico de este gran genio teatral y aristocrático-burgués, el surtidor vernáculo: el torrente de la inspiración nacional, el escritor de raza y de *su raza;* excesivo, violento, copioso, que tiene de la selva intrincada llena de fieras y de áspides, de la catarata, de la paloma, del toro... Y bajo este vértigo ecuatorial a ratos, un dejo de cosas remotas e imposibles, languidez del trópico, llanura, cielo, río monstruoso por entre montañas. Es él quien puede personificar con atributo *genial,* la herencia literaria de su hora. Su influencia ha sido y será enorme; y no tanto porque muchos venezolanos lo leyeron o no lo hayan leído, sino porque aun ignorándolo en el libro, lo han sentido palpitar a través de la *vida nacional.* Fué un "conservador moderado" (en política burguesa), pero un furibundo, un doctrinario colérico, un idealista energúmeno. Esta dualidad de rectitud y excelente corazón, desdoblado en publicidades iracundas, es caso muy frecuente en nuestros países. Así, pues, puede declarársele el más autóctono de nuestros escritores venezolanos.

Adviene una larga dictadura burgo-económica, con el período de Guzmán Blanco, y florece una pléyade de escritores y poetas y oradores que el dictador hace surgir por el no velado deseo de surgir junto con ellos. Con dos o tres excepciones son casi todos rapsodas mediocres, con inspiración tamizada y convencional—literatura del Segundo Imperio (Guzmán Blanco había frecuentado a Francia); y se estilaba la perilla a lo Bazaine y el renombre literario-cortesano de Merimee, de Houssaye, etcétera.

El escritor "caballero", el "trovador galante". Fustel de Coulanges escribía sus "Lecciones a la Emperatriz". Los ensayos del 70 al 90, como en países pequeños de población culta, sufrieron en pro o en contra la "modalidad" oficial, esto es, la oposición ditirámbica y castelariana (se había metido aunque tarde el eco estrepitoso del rodaje grandílocuo de las Cortes españolas del 66), o el lenguaje oficial muy cuco, muy requintado o sonando a veces a vieja trompeta militar, orinecida en los barrizales de las guerras civiles.

Adviene con Romerogarcía el primer intento de novela criolla. Y aunque una crítica posterior e ingrata, algo mestiza y oropelesca, abulta las deficiencias para desmejorar el juicio vulgar, común, brutal y todo con la "debilidad" romántica de su dedicatoria al gemebundo y admirable Isaac, estampa la primera huella de lo que pudiéramos llemar la novela vernácula. Síguele Cabrera-Malo, injusta y preconcebidamente olvidado; no obstante todo lo profuso y mezclado de su literatura, a la que debemos páginas de "Mimí" y "La Guerra", que no son para desdeñadas. Sobre todo cuando nadie las hizo mejores en su género. Y de excepción el maestro criollo para entonces: Urbaneja Achelpohl.

Pero de esta serie que por espíritu imitativo llamamos en Venezuela "Generación del 98", aunque no hubo nada semejante al grupo español ni remotamente, pues casi todos se volvieron escritores "oficiales", o escondieron la pluma o la lira bajo los dorados galones de una "diplomacia" pinturera, o tras carpetas subalternas de Ministerios y Juzgados, surgen dos nombres que pasarán a la antología de pleno derecho: Blanco Fombona, el novelista de "El Hombre de Hierro" —sencillo, simple, que *sabe* el sitio y *vive* en la época— y el panfletario algo vargasviliano, si bien ya orientándose a una literatura psicológica y realista, que se llamó en nuestras letras Pío Gil. En Ur-

baneja Achelpohl triunfa el paisaje criollo, de acuarela y a veces logra el agua fuerte como en "Ovejón", o en ciertos cuadros de "En este País". Muchos han intentado con éxito parcial la novela autóctona, el cuento, el ensayo... Y si a enlistar vamos, allí quedan como hitos en el camino vecinal de nuestras letras ese "Bolivita" de Carnevali Monreal, que fué un acierto y un paradigma novelado de nuestras guerras civiles, "El Sargento Felipe" de Picón Febres.

Pero en lo que va visto de 1900 para acá —períodos de dos dictaduras sucesivas que cierran estos apuntes— anotar nombres para una obra de universalidad es labor inútil. Un país cuenta, no por la cantidad, sino por la calidad de sus hombres representativos; y en las letras venezolanas puede aplicarse con justicia aquel precepto básico "muchos serán los llamados y pocos los escogidos". Entre éstos ya puede mencionarse a Rómulo Gallegos, cuyas novelas iniciales "El Ultimo Solar" y "La Trepadora", adolecen de una acción lenta y de un tejido débil. Pero ya en "Doña Bárbara" se perfila con el vigor de la narración de un tipo de novela verdaderamente nacional.

—

Este rápido inventario de las existencias en nuestra literatura de ayer — literatura altamente política que cuando no lo fué en el cuerpo del escrito, lo era en la dedicatoria o en el oportunismo oficial o de oposición — nos trae de súbito, como la vuelta de serranía que descubre a Mérida la blanca sobre su pantalla de cerros aborígenes, frente a la generación que descubre fórmulas más simples y siente la patria grande en la chica: las patrias chicas que representamos aquí cuantos de nosotros las sentimos desdoblarse en esta generación, que inventa o

adopta fórmulas más simples y siente la patria total y única de la cumbre al llano y de la playa al bosque al hombre que sufre; que trabaja y no gana; que resiste y no piensa; que sucumbe y no se queja.

La queja sin resistencia es cretina; la invectiva sin razones es letrero insultante y anónimo en el encalado de los lavabos.

Y como del árido comentario de una ley de trabajo, a la disertación de letras no se advierte la cohesión a primera vista, fuerza es tirar el trazado de los dos puntos de referencia: quepa ahora esa línea de conducta del que habla paralela al torrente de juventud, a la vena de fuerza pura que desde los ventisqueros de la Madre Sierra corre hacia mí esta tarde del crepúsculo merideño, espontánea y clara.

Con esa misma claridad espontánea condenso en mis frases finales el propósito:

Sobre una base histórica, y aun con las implicaciones locales que suavicen todo ángulo de fricción entre círculos o partidos, aguzados en mala hora por mal entendidos regionalistas, y siempre dentro de una equidad sagrada y total, echemos la piedra angular del bloque, del "bloque bolivariano" preconizado oficialmente; pero entendido como basamento conciliatorio y nunca como fuerza de contraste; y torciendo el cuello a los cisnes de algunas ilusiones, hagamos del mito insigne labor cohesitiva, obra perdurable, reajuste de valores, unión no la del jinete y del corcel, sino la del brazo con el puño: esa que realiza de diario nuestra propia constitución física; un corazón humano palpitando a la izquierda, una diestra vigorosa y conservadora de lo que valga la pena de conservarse, y una mente alta, clara y serena para que la nación no sea extremismo ni la acción injusticia.

Hombres de Mérida y de los Andes y de Venezuela, una y trina, en su resumen poblador: el que siembra, el

que recoge y el que edifica; hombres de más allá de los partidos y de más acá del instinto: vamos a darnos cara y a decirnos nuestras mutuas aspiraciones, cuando esta obra de conjunción tenga un significado, y pongamos la misma energía en la hora de la conciliación que pusimos en la hora de la batalla, y sepultemos a puñados de tierra venezolana cuanto de pueril, de suntuario o declamatorio nos trajo el largo vegetar silencioso, tras señuelos inconfesables; porque un pueblo que no sabe de la unidad, no sabe de la libertad, y si fué en más de cien años bajo la disciplina ruda para la gloria o para el desmán, venga ahora bajo la misma tremenda disciplina civil a demostrar, con el paso firme y con la pierna desnuda, que si en los canjilones se adormecen, entumecidas, las formas monstruosas, las larvas voraces, las orugas siniestras, un sol ancho y claro se levanta en esta madrugada de Venezuela, ya que si por allí pasamos y convivimos o nos defendimos de aquel acechar y aquel engañar y aquel entrampar de entonces, hoy estamos resueltos a *ser*, porque ya hemos *sido y seremos*.

Venezolanos de los Andes, labriegos de las hondonadas, pastores de las laderas, hombres de toga, de mitra, de espada, de hambre y sed de justicia: desde el austero recinto, bajo el influjo de estos muros solemnes en donde cuelgan retratos de hombres que fueron y aún queda sitio para hombres que serán, cuando ayer nomás enterrábais al postrer lirio del sembrado más albo de estos jardines, certificado de blancura por las canas de su cabeza como lo está esa Sierra por sus nieves; hombres de juventud o de senectud, de aquí me voy con la vieja congoja de mi generación sacrificada.

Y para vosotros, los estudiantes, para vosotros a quienes nada he dicho, ni nada digo por temor de que la emoción y el tumulto de mi corazón superen esta misión de apaciguamiento y de razón, porque nunca os compré ni

os vendí: mi puño cerrado o mi mano abierta siempre se regirán por el dictado de la serenidad, cuyo rescoldo no fuí a buscar por el temor o por el favor...

Adiós, Mérida, de ti me despido con el corazón docente y dogmático de tu estirpe; de ti llevo el mensaje más alto de la Sierra Andina, para los hombres que en ti continúen la tradición de tu hidalguía y la substancia de tu voluntad.

TACHIRA

En el "Salón de Lectura" de San Cristóbal, la noche del 18 de Junio de 1938. Tema: "En el Táchira y frente al Táchira"



ALUDO, —hombres y mujeres de alcurnia o de humildad—, en vosotros y en la distinción de este acto y en la creación de este Centro y en el propio eco de mi palabra que va a través de la tierra andina, del agro andino; del salón, del taller, del campo y hasta del lejano tope de alguna cumbre; saludo y acato el espíritu imperecedero de la Venezuela Eterna; y concreto mi gratitud toda, por el afecto, por la hidalguía y aun por la cortesía que aquí encuentro y que aquí dejo intactos, llevándome la congrua parte... Si rugido recóndito de jaguar en las hondonadas, o asechanzas de alimañas en la senda ante el talón libre y desnudo que trepa por las serranías pueden ser hallazgo ocasional en la marcha; para un Táchira bueno, noble, fuerte y sufrido que voy descubriendo entre cada pliegue de la vasta clámide de piedra con que un puño colosal la arrebató de los hombres de la eternidad y la echó, en arruga de rocas, sobre el infinito horizonte; para un Táchira trabajador y honrado, un poco triste, un poco ingenuo —y acaso allí hosco y más allá taimado o agriado— pero unigénito en el afecto y en el desafecto, recojo esta noche del áspero cerro de mis sinceridades, —como mi mano ayer cuando en lo alto de la sierra de Mérida lo arrancó de la peña helada—, recojo, y os devuelvo este

puñado de frailejón de plata, que el frío de la cumbre aterciopela, que el Sol hiere de sesgo en el fastidio insigne de lo solitario y de lo distante; y sin cuidarme de retóricas ni de políticas; y sin pensar en el amigo que sonríe ni en los lindos ojos atentos que es sin duda en las pupilas de estas mujeres vuestras el reflejo del éxtasis hecho mirada; sin pensar en nada ni en nadie —porque no traigo ni recado, ni merced ni otro presente que mi propio espíritu— ante el paisaje andino, ante la acción y la reacción andinas, en el TACHIRA Y FRENTE AL TACHIRA— que tal es el plan y tal el título de este motivo de interpretación,— desde este centro que en días lóbregos hasta la luz material le cortaron y en días mejores habrá hasta quien pretenda —con limitaciones convencionales— graduar la luz mental que irradia de aquí; y desde aquí y aquí precisamente, en uso de una libertad absoluta, prez de gobierno y honra de pueblo, —libertad que debemos purificar y defender aún del inevitable contacto de nuestro instinto—, flor de páramo que se mustia en las latitudes inferiores,— aquí y desde aquí os invito a que juntos saludemos el alba de los Andes Venezolanos sobre el horizonte de la paz nacional.

EL PAISAJE

En algún museo del norte, entre lienzos borrosos y muebles de desecho, en un desván o en la alcoba de algún viejo mandón estaba élla; no tenía alas... y volaba; no tenía cabeza... y pensaba —así dijo un poeta cuando la vió; y era y es tan ágil el muslo duro bajo el cendal de piedra; y el paso de la sandalia tan salido a la proa, y todo el ímpetu de las caderas fecundas y de los pechos nutricios tienen tanto imperativo en la oferta, que cada vez que la ví en ese museo del norte, y cada vez que la siento en las tierras mías de mi patria grande —¡tan enchiquecida por nuestra propia generación introspectiva!— la

reconozco y la saludo; y esta noche, aquí, la veo volar sin alas sobre nuestras cabezas que no piensan, la siento pensar sin cabeza llevada por alas que no vuelan ¡Ah, nó! no es literatura ni antología griega, ni recurso oratorio esta evocación de la victoria samátrica, en este recinto geográfico, rodeado de montañas y poblado con una población que no es la urbana, sino la campesina, que no es la ciudadana que lee periódicos, habla por el teléfono y se trasporta a motor, nó! Esta evocación es la de la libertad nuestra, a la que manos torpes y aun inocentes le rompieron las alas, y ya antes de 1899 estaba descabezada porque, dentro de su desgracia y para su desgracia, ella parió esos hijos que hicieron morir de tristeza a sus padres; esos padres que envilecieron el sagrado decoro de su paternidad, ¿y cómo no quería la Venezuela que envió más acá de las cumbres que defendían sus graneros a los don Pedro Vallenillas y a los Atilanos Vizcarrondos, que una buena mañana salvaran sus limitaciones geológicas, los apaleados y los sufridos, los ignorantes por ignorados, los bárbaros de la barbarización sistemática, que imponían como base de sus ambiciones sus jefes de línea; cómo no quería esa Venezuela holgazana, fiestera, superficial, presupuestívora y devoradora de cien años de indisciplina civil, que esas montañas no los aventaran un día para allá con sus peinillas y sus tortoles, con sus odios frenéticos y con la piedra calcinada de sus rencores latiendo en una izquierda bárbara y con la diestra contraída y agresiva?...

Los que no tuvimos culpa surgimos al camino con nuestra protesta; les gritamos que estaban más allá del instinto, casi en el frenesí del animal enloquecido; dijimos eso ¡y mucho más!

Yo ahora vengo —no con ofrendas florales ni racimo de suculenta fécula— sino con mis manos pobres y limpias, que siempre devolvieron lo que se les dió, exten-

didas hacia vosotros; y en la misión me borro y en el mensaje me disperso, total y totalizante, para deciros con mi congoja de ayer mis temores de hoy: si lo hubiera hecho entonces —en la hora de la ira que otros aprovechaban y del gentilicio andino que otros exaltaban, para que al darle sitio vosotros en la punta del banco de piedra y al rescoldo de vuestro hogar campesino se cogieran el puesto ancho y el descanso fácil —si lo hubiera hecho antes cuando un grosero apetito de goces materiales parecía ser la conciencia venezolana y la especialidad andina— hoy los dioses no me hubieran concedido esta hora ¡tan noble y tan plena de contenido histórico y de realidad política!

Esta hora de reclamación sincera y de fraternal admonición, es la hora que debemos marcar —y ustedes con mayor sacrificio que nosotros, porque ustedes fueron la victoria y la fuerza, y nosotros la derrota abyecta y la abyecta conformidad del error en triunfo que se vengaba más con pervertir que con pelear;— y ustedes con mayor abnegación si, porque son más ricos y están mejor nutridos— esta hora suprema ha sonado ¡y debía ser también una mano andina la que levantara del polvo y sacara del desván de las cosas desprestigiadas nuestra vieja libertad sin cabeza y sin alas, para plantarla en la proa del futuro —como loestá la Victoria de Samotracia—, y debía ser un hombre nacido en la capital natural de los llanos quien viniera en el Táchira y frente al Táchira, tocado por la envidia humana y sagrada de que no fuera uno de los vencidos el erector de la diosa caída, pero convencido en el hondo pensamiento filosófico de la unidad de la Patria, que acaso tras de lo que hemos pasado y cómo la hemos pasado, esta supervivencia, esta transición de una época a otra, tenía inevitablemente que afincar sus bases en las bases mismas de estas vértebras de piedra, de esta columna vertebral de rocas, que corre por el occidente y

se anuda, brusca, en la Pamplona colombiana, como un pensamiento...

De Caracas salí una madrugada, bajo las estrellas; crucé el Carabobo de nuestras intrigas y nuestros odios de ayer —tierra de mi alma que tiene en la vieja Valencia una esquina donde fumé mi primer cigarrillo en pretensión de hombre, y una ventana donde asomaron los ojos más lindos que brillaran nunca sobre una sonrisa... ¡esa Valencia de los tristes y de los desesperados, que anudara sus manos con los desesperados y los tristes de estas montañas, porque ni ésos ni éstos cabalgaron en las mulas gordas de las victorias, ni pasearon los ociosos fondillos en los muelles carruajes de aquel favor político que costó tánta sangre... Al hermano no se le perdona, cuando el hermano nos pegue, airado, en el pleito doméstico; al hermano se le comprende y se le ama a pesar de él mismo, ¿y no estoy yo aquí, andinos, yo mismo, del que tánto os han dicho que al fin de tánto calificarlo como enemigo vuestro han logrado que os interese un poco, yo, insignificante, solo, que no soy nada en prestigios y apenas una cifra en letras, y que jamás hubiera venido si el andino que está en Caracas dando una alta lección de serenidad nacional fuera el déspota impetuoso del 99 y el bellaco terrible del 908, y no nos hubiera garantizado —más con sus obras que con sus palabras— esa libertad decorosa —ya que no absoluta, porque la hora le ha impuesto limitaciones que exigen la propia salud de ella misma— ¿no estoy yo aquí entre vosotros a quienes nunca compré ni me vendí, dando un humilde ejemplo de mi confianza plena, y buscando afirmar en la curva descendente el punto de que la raya debe partir, ya resuelta y serena, hacia las cuadrículas más altas del diagrama?

Eramos "los venezolanos de la decadencia", lo somos un mucho todavía: no podemos ni debemos ni queremos seguir siéndolo; y por ello cuando me impuse esta

misión y me la impuse sin otro estímulo que el del momento de decoro político que estamos viviendo, doblegué mi amor propio, hice inferior y condené en mi alma para que quedaran fuera de mi espíritu todo cuanto de mezquino, de suspicaz, de intrigantuelo o envidioso acendra nuestro medio de buscones y de improvisados, que cuando nos sacrifican a su calumnia se están suicidando; —y acá me vine, solo, solo de soledad fuerte y exenta de todo deseo de agradar y de toda tentación de molestar, libre de jugos ácidos y de yugos amistosos—. Crucé a Miranda, Carabobo, Yaracuy, Lara, —ese arco de acero que soporta la arquitectura espiritual de occidente.

Algunas veces guardé silencio; otras hablé. No iba a ponerme a sembrar ni con puño avaro ni con mano suelta: el surco llama la semilla, y donde éste no se abre en el corazón y en la comprensión, es inútil soterrar el grano a patadas... Desde la ilustre Mérida, que tiene de sacristía y de aula, de dama antañona y de doncel doctorado con las cuatro borlas —los cuatriborleados— pero que de estación a estación es el alero colonial en donde se refugia la parvada de gorriones del estudiantado, desde ese Mérida que todo andino debe amar y todo venezolano respetar, aquí me vine: tuve que subir para alcanzarla en la pendiente; y en un claro amanecer montañés, me metí en el Táchira... Ví pueblecitos y sembrados, las serranías azules que ya comenzaban a irse para Colombia, las otras más verdes cuadriculadas de labrantíos, las que de un color acérrimo esconden a ratos el agua turbia y furiosa que arrastra las piedras a kilómetros. Había abajo fuerza, fuerza turbia a veces; había siempre arriba cumbre y cielo; y por entre cielo y cumbre, dejando detrás sólo en su plazoleta, frente a su ingenua iglesia pueblerina al doctor Jáuregui —en bronce fundido, pero fundiéndose de amor por los suyos, entre las dos cabecitas de sus huerfanitos descalzos y pensando, en Tovar, dejado la noche antes y encastrado en su ladera que sal-

misión y me la impuse sin otro estímulo que el del momento de decoro político que estamos viviendo, doblegué mi amor propio, hice inferior y condené en mi alma para que quedaran fuera de mi espíritu todo cuanto de mezquino, de suspicaz, de intrigantuelo o envidioso acendra nuestro medio de buscones y de improvisados, que cuando nos sacrifican a su calumnia se están suicidando; —y acá me vine, solo, solo de soledad fuerte y exenta de todo deseo de agradar y de toda tentación de molestar, libre de jugos ácidos y de yugos amistosos—. Crucé a Miranda, Carabobo, Yaracuy, Lara, —ese arco de acero que soporta la arquitectura espiritual de occidente.

Algunas veces guardé silencio; otras hablé. No iba a ponerme a sembrar ni con puño avaro ni con mano suelta: el surco llama la semilla, y donde éste no se abre en el corazón y en la comprensión, es inútil soterrar el grano a patadas... Desde la ilustre Mérida, que tiene de sacristía y de aula, de dama antañona y de doncel doctorado con las cuatro borlas —los cuatriborleados— pero que de estación a estación es el alero colonial en donde se refugia la parvada de gorriones del estudiantado, desde ese Mérida que todo andino debe amar y todo venezolano respetar, aquí me vine: tuve que subir para alcanzarla en la pendiente; y en un claro amanecer montañés, me metí en el Táchira... Ví pueblecitos y sembrados, las serranías azules que ya comenzaban a irse para Colombia, las otras más verdes cuadriculadas de labrantíos, las que de un color acérrimo esconden a ratos el agua turbia y furiosa que arrastra las piedras a kilómetros. Había abajo fuerza, fuerza turbia a veces; había siempre arriba cumbre y cielo; y por entre cielo y cumbre, dejando detrás sólo en su plazoleta, frente a su ingenua iglesia pueblerina al doctor Jáuregui —en bronce fundido, pero fundiéndose de amor por los suyos, entre las dos cabecitas de sus huerfanitos descalzos y pensando, en Tovar, dejado la noche antes y encastrado en su ladera que sal-

pican luces lejanas como las de un vivac, empecé a verificar la noción del hombre dentro del paisaje. Tenían la culpa aquellos hombres que me iban surgiendo frente al volante: allí el encontronazo, más allá la derrota, más lejos la retirada y el responso frío del Zumbador...

Del paisaje serrano surgió —ya completo— el hombre andino, que venía formándose en mi campo visual desde Trujillo. Trujillo donde se inician tántas cosas buenas y tántas cosas malas. Pero del paisaje tachirense fué del que pude destacar íntegra su personalidad, porque en él parecen confundirse los rasgos característicos de la estirpe.

EL HOMBRE

Yo los ví pasar con mis ojos de niño; llevaban en sus pupilas retintas del caribe, del arauca y del jirajara, en sus ojos verdes de color de pasto o de color de agua, en sus retinas todas inquietas, cruzadas del relámpago de las rudas batallas de la primera etapa, un fondo de suprema melancolía; y era algo tan hondo y tan grave en aquella hora de generales gobierneros de mula gorda y machete con tarama de plata, era algo tan patético en el asombro, tras el caudillo pequeñín y voluntarioso de mandíbula sensual y primaria y de frente que parecía la comba de piedra del páramo al tope donde iba a quebrarse un sol de futuros, que nunca como entonces vi realizados, en el contenido inverso que tienen todas las perspicacias del genio instintivo, el mandato del profeta oriental: si la montaña no viene a mí, yo iré a la montaña...

Y bajo el ímpetu y por el ímpetu —política no tanto cuanto ensueño del hombre que contempla días y días y días esa vaga luz de horizontes remotos, que deja tras sí el corte de la Sierra en los dos Capachos, así llegaron y así los vieron pasar mis ojos de niño; tenían de la horda y del clan en marcha, del tipo feudal inferior, de la

venganza india ¡tenían todo eso y mucho más, y todo lo que ahora digo y lo que antes dije, sí! ¡pero llevaban por encima de sus cabezas ya recosidos en la prisa de la incursión el emblema y la síntesis, la cifra y el "quantum": sagrada bandera de los libertadores que ya conocían los ventisqueros y las llanuras, la choza y el agro; y ahora, escribiendo, me viene y surgen las frases con que saludó mi rebeldía de niño ingenuo aquella tragedia civil: fulge tu oro de bienestar en el áureo color de los trigos y de los soles; tiende su palio azul de paz sobre las nuevas progenies, sangra en tu rojez de dignidad ciudadana, ayer bélica y hoy civil, verónica empapada en la sangre de todos los mártires, estandarte de vitalidad, y no de retaliaciones ni de guerras de casta en una sola casta y en una sola noción integralista; recoge de eso oro de bienestar y de ese azul de paz para tu sanguíneo vigor, toda la fuerza de tu instinto y todas las ansias de tu justicia social...

Hace ya treintinueve años que yo los ví pasar; hace treintinueve años que yo, lleno de amor, y de entusiasmo marcial, sabía de memoria —o "por corazón" como los galos dicen con más profundo sentido del verbo— y sabía también cantar por música la copla guerrera que rezumaba humedad de páramo y evocaba la alegría soldadesca de los amores, de los campamentos y de las batallas:

Tachirenses, se acerca el momento
de empuñar con denuedo el fusil;
nuestro Jefe nos dice: adelante!
la consigna es vencer o morir.

¿Vencer...? ¿A quiénes vencieron los soldados de Castro entonces?

El vencido no fué el centro, ni el oriente ni el sur; el vencido fué ese espíritu mediocre, mezquino, insidioso y envidioso que en las pausas de nuestras tragedias civiles,

en el compás de espera que se abre entre dos épocas o entre dos regímenes, irrumpe con una exaltación que está revelando a gritos su debilidad, a hacer más agudo el resentimiento y a pescar pequeñas ventajas en el océano de nuestra desventura.

El vencido fué, en el seno mismo del vencedor el propio credo, la propia fe, la noble ingenuidad... Y otra vez sobre la intención, sobre el ideal se impuso entre vencedores nominales y vencidos innombrables la tosca conveniencia de unos pocos —centrales, esta vez los más.

Y los soldaditos que mis ojos de niño vieran pasar, calenturientos y pálidos de emoción de triunfo, persiguiendo a otros soldaditos que huían, pálidos de derrota y de confusión, regresaron, por parejas, por grupos, solos, a devorar en el ranchito de la cumbre, o en lo hondo de la vega silenciosa, el recuerdo de su pequeña epopeya que a otros los dejó tendidos, con la cara al cielo y los ojos de talco; y a unos pocos en todo el goce grosero de los bienes materiales atrapados de lance...

De modo que —como ya lo dije en el centro y en la cordillera, en el extranjero y en la patria— no hubo tal movimiento hacia la unidad nacional...

No era el nuestro el problema argentino de Rosas y sus efectos coercitivos: era la ley pendular que iba hacia un grado y volvería al otro. Y lo que las armas hicieron brusco, el largo padecer en familia debía traernos hacia los valles del buen sentido; basta ya de agitar aquí y detrás de esos cerros la noción primitiva de mentes acaloradas o de complejos de inferioridad, y promulgar doctrinas de diletantismo político, como esta de que si "ayer les probamos que con el machete dominábamos, hoy les vamos a demostrar que también dominamos con la inteligencia..."

Dominar! regir! mandar! Ah, ese dictatorzuelo que se nos agazapa en los pliegues más nobles del espíritu.

ya no debe salir más, audaz y capaz como en 1899 ni hosco y tremendo como en 1909.

Así, pues, tachirenses del Táchira, los que aquí nacieron o los que aquí arraigaron, sin otro apoyo que mi propia conciencia, ni otra garantía que la de toda una vida de pugna señalada por derrotas materiales, pero jamás por derrotas morales, aquí vengo a decir unas cuantas palabras en justicia de los que ya no serán y en estímulo de los que son:

Allí vivió Castro, nació cerca del pueblecito; uno de los gemelos que punza con su torrecilla el nublado. La calle se empina, las casas de agazapan. Un arco de cielo unifica el valle y se pierde hacia el noreste. Y un día de allí salió él; fué a buscar al otro más allá de la raya de la frontera: al otro que por ahí cerca condensaba en la soledad de aquellas laderas el formidable instinto de sus veintisiete años de mando total. Los nueve de Castro fueron lucha, reacción, contra-reacción, revoluciones, felonía. Los veintisiete del hombre de La Mulera significaron el climax del proceso de la decadencia. Porque sembró con desconfianza y con odio lo que sembró. Si hubiera sembrado con amor... La sociedad no le dió tampoco ese amor y él devolvió lo que le dieron.

He hablado ayer con un campesino que allí estaba. Creí encontrar un panorama de montañas abruptas y de farallones terráqueos: el paisaje que abarcó al hombre de entonces era riente, un poco melancólico. Lo único que fué verdad en aquella vivienda —choceja con culata de zinc igual a la que allí está, y de donde vino aquel muchacho con su cabo de soga arrollado al brazo— es una piedra que cortaron en escuadra, y es el mejor símbolo del hombre que bajaba a mañana y tarde, llevando del ronzal una bestia a beber, y trayendo "de para arriba" la idea de trepar cuando regresaba a la choza. La carretera, siendo poderoso, la construyó él. Antes tenían que coger

la cuesta monte adelante; el centro urbano era una dificultad que vencer, el camino podía ser asechanza, la vuelta del sendero golpe a dar o a recibir. Toda una psicología.

—Desde "quél" se murió —me dice el muchacho— todo se acabó— y la voz ingenua se le quiebra de pena. En los pinos que plantó la adulación el viento zumba... ¡Cómo zumba allí el viento! Un Bolívar con cara de ajusticiado también mira hacia el jagüey. La capillita blanca y que está donde estuvo el rancho.

Y desde los dos leones que la viuda de Joaquín Crespe le regaló a Cipriano Castro y que guardan en un mercado algunas pesas de carne, hasta el alarde mausoléico de la capillita de La Mulera, ¡cómo podemos incorporar tres generaciones que pasarán a la historia cargadas de culpa por omisión o por comisión!

Por eso este campesino me contempla sorprendido, cuando ante su ingenuo pesar le digo:

—Los hombres pasan, pero la tierra queda; esa es la que no nos debe faltar nunca!

Y, para el hombre del Táchira, en el paisaje del Táchira, y para el hombre de Venezuela todo esto sí es un programa: el regreso a la tierra.

SINTESIS

Hay que descongestionar las ciudades: es menester que Venezuela queme rozas y siembre y tale y muela y coma: es necesario que cese la pugna inútil de los polemistas ociosos en las ciudades de la ociosidad, ¿a qué crearnos, tras la tragedia del mito del Cacique, la tragedia del mito del "piache", del brujo curandero, que ahora se le llama "técnico" o en nombre de un "proletariado", que está creando otros mitos con su devoción o con su aversión?

Y tú, el pobre y el triste y el perseguido que formaste en las huestes de ayer y que me estarás oyendo, y que estás imaginando que vengo a mentirte para conseguir yo algo a costa de tu silencio; y tú, el hombre de partido o de sector, que por espíritu de lucha hubieras querido que todo se ajustara a la medida de tu propaganda, buena o mala —pero propaganda al fin!— y tú, oh tú, el indiferente! la masa neutra, la verdadera, la formidable fuerza de gravitación en el giro de los intereses —todos los que sepan oir y tengan la buena fe en repetir— vengamos a cuentas claras y a nociones cabales: de los diez u ocho o seis puntos en que pudiéramos estar de acuerdo todos —izquierda y derecha, centro, pasado o presente, o lo que sea— y en lo que sin embargo no estamos, y cada día los desvirtuadores sistemáticos de la tolerancia viril hacen más incompatibles —tengamos dos, tengamos uno—, uno siquiera—, en el que podamos basar nuestra común aspiración: vamos a la mayor libertad por la línea de menor resistencia: trabajemos sobre la base de esa unión, que preconizada oficialmente e invocada ante la expectación nacional, como una fórmula decorosa de unidad que invoca hasta el nombre de quien se despojó de la vida, en el trance de su destino, "para que cesen los partidos y se consolide la unión", los que curtidos por la lucha y autorizados por el sacrificio; los que aspiran a justificar o a enterrar responsabilidades en el seno de la venezolanidad unigénita, del nacionalismo integral —falange trabajadora con sus manos; la de la oficina, la del taller y la del predio —la de la soga y la azada, la del conuco y la escuela— gente andina de los Andes Venezolanos, vamos a consagrar esta vez nuestro derecho a la libertad por la unidad; a medir nuestro derecho paralelo a nuestro deber. Y sobre todo y por encima de todos los otros, ese en que estamos desde el sacerdote hasta el laico y desde el Primer Ciudadano de la República en Miraflores hasta el último gañán en el último sendero de la tierra remota,

ese en que estamos de que un mañana la voz del poder absoluta e incontrastable no nos repita la sentencia tremenda: "se ensoberbecen en el motín y se humillan en las cadenas"...

Me despido esta noche de esta tierra del Táchira, y en ella dejo dicho cuanto esta mañana escribí, para aquí leerlo y sentirlo junto con ustedes: no es obra mía ya; es cooperación de ustedes lo que queda por hacer.

Y cuando ya no sea mi nombre sino el mero recuerdo de algún acto cultural que fué en un pliegue de la veste de piedra de los Andes Americanos, en esta Villa que lleva el nombre del santo formidable y simple a cuyos hombros un Dios pasó la corriente de un río, quede esta lámpara escendida. Y cuando algunos años y otros hombres hayan llevado a fábrica lo que ahora es cimiento, y salgan de esta montaña y vuelvan a ella, en la doble circulación venosa y arterial de la Patria Grande las corrientes más puras de la sangre venezolana, no olviden que si alguna parcilidad hubo de mi parte esa estuvo ayer, está hoy y estará siempre del lado de los que tienen hambre y sed de justicia, ya que padecimos persecuciones por ella, y debemos siempre estar dispuestos a padecerlas; pero no como agentes provocadores desde la calle o desde el poder, sino de una manera sobria, consciente y serena con la que nos defendamos de todos sin atacar a nadie, y que estaría dispuesta a atacar a todo y a todos si una crisis de locura nacional pretendiera por el asalto, sembrando desconfianzas y anarquizando voluntades, poner en marcha sobre el plantío recién sembrado su camión con hombres armados al volante y repleto de robos civiles y de contrabandos sociales.

¡Atrás los bárbaros! ¡Y atrás para siempre estén en el Táchira o surjan frente al Táchira!

CARABOBO

En "Arenas de Valencia" la noche del 15 de Abril de 1939. Tema: "El Martillo de Valencia."

ALGUNAS frases de gratitud. Otras de sentimiento a la gente vieja y a las viejas piedras de esta villa adolorida y áspera, que convalece de las trituraciones y de las mutilaciones que le hicieron sufrir. Como la caña de sus cañamelares, su dulzura se hizo cuajar en grumos de acaparamiento: el bagazo reseco de miseria estuvo alimentando la hornalla del Moloch absurdo, de ese ídolo impasible rodeado de sicarios furiosos y de pelafustanes melosos, allí mismo —como quien dice— tras la vuelta de ese cerro, culata de la resistencia de 1812, fuste de esta arma que no se comió el orín de los años ignominiosos; centinela que monta guardia y se va empinando para mirar más allá del Bárbula de Girardot el mar de los Caribes, y por encima de los Guacamayos carcomidos de grutas de la vieja raza tacarigua, la primera orla de las llanuras, allá donde el cielo parece vacío y la luz se desmaya de incertidumbre. Porque esta Valencia de la Colonia y de la República, capital natural de los Llanos, que se hizo industrial cuando se le arrebató la agricultura y se contrajo en su pena y se exaltó en su derecho; la Valencia que ama en indígena y odia en andaluz, la de los isleños contra Mi-

randa y la de los mantuanos contra Bolívar; la que sedujo a Páez y le arrasó la casa a Guzmán; la que vengó el asesinato parlamentario del primer Monagas, porque había sabido preñar de energía el largo parto de una patria que quería abortar, y se agazapó tras los bahareques de sus últimas casas para trazar a hierro y fuego la resistencia, en la hora de Rafael Urdaneta; la que llamaban el serrallo de Castro y la tumba con calles de Gómez; la injuriada soezmente cuando el gomezolano castrado comenzó a engordar de despojos, y florecían en el espíritu venezolano esas monstruosas vegetaciones de cárcel, de burdel y de taberna; cuando todos los degenerados y los invertidos quisieron degenerar e invertir hasta el gentilicio nuestro "—eres de Valencia? no me digas más nada!—" acaso porque así complacían en el amo del día su viejo odio hacia la capital de los tres Carabobos!, ah, sí!, cuando en el cadáver del déspota la descomposición natural más valerosa de la descomposición social, íbalo desintegrando implacable y esos—acaso los mismos del chiste ignoble—, corrían con los muslos apretados de miedo desde el aire ya enrarecido de la capilla ardiente de Maracay, a buscar amparo en las antesalas de un Ministro de Guerra impasible, o a meterse tras la levita amenazante de Eustoquio, o a enredarse en los apuros del Gobernador de Caracas; cuando todo el "esprit" de voz aflautada y talle esbelto y gueta, y falda de seda, cuando en un silencio que midió en segundos como siglos la ignominia irresoluta!, ah, sí!, esta Valencia injuriada se ajustó tres puntos más al vientre la correa de sus hambres y se fué a los talleres, y se fué también a las ferreterías y se puso a buscar martillos donde los hubiere, y empezó a forjar a martillazos, en un frenesí de cíclope, esta lámina de acero de su libertad civil para que ahora, cuando comparezcamos ante la justicia de la nueva patria se nos pregunte que de dónde somos:—Pues de

aquí, de aquí mismo, de Valencia...! Y no digo más nada!

¿Por qué recojo esta brazada de ortigas para agitarla ante los hombres de mi pueblo? Para denunciar eso como una de las trácalas de la época de las bellaquerías: poner frente a frente a los pueblos hermanos, disgustados entre sí de la convivencia, situando de vecino lo adverso y eliminando, anulando o infamando los que pudiera unificar el dolor común, y arrojar luego las piaras del oportunismo en terrones sembrados con una sal de discordia.

¡Que esta lección aproveche a todos los venezolanos! Valencia no se puso "a matar andinos", como hicieron decir por ahí los andinizantes al acecho: el martillo de Valencia hubiera caido con la misma ciega cólera sobre la testa de orientales o de zulianos, o de caraqueños o de llaneros, porque otra cosa sería consagrar el acto nefando, la concepción regionalista y absurda que hayan pretendido imponernos como norma política.

Y en nombre de la Valencia, una y única, debemos cerrar filas resueltamente contra los aprovechadores parroquiales, salgan de donde salieren.

Valencia mató en esos desgraciados el mal que se le había hecho, y el mal que pretendiera hacérsele.

LO QUE FUE AYER

Lo que fué ayer, sí. Al comenzar dije que debía frases de gratitud, pero también de sentimiento: uno que no se queja ni al desconocido, ni al indiferente ni menos, ¡nunca! al enemigo. Se queja al hermano... Yo soñaba en tierras lejísimas del norte, proscrito, silencioso, viendo hundirse todo y caer todo en mi alrededor, junto con la nieve de los inviernos: familia, salud, alegrías—amigos a enterrar que nos dejaron una pena, amigos a olvidar que nos dejaron una decepción—, en

fin, todo cuanto hemos pasado por otro u otros por nuestra culpa, pero aún en medio de eso, tenía la intuición profunda de que debía llegar una hora como ésta. Y esa hora ha llegado. Hubiera venido antes, mucho antes en las barcas que traían los banderines del sacrificio común para hipotecarlo por los denarios de la oportunidad. Pero un voto me ligaba a mi conciencia civil, formado dentro de la convicción de que muchos de quienes permanecieron, tenían tanto o mayor derecho en la demanda. Y comprendí que era algo definitivo y gravísimo en la existencia de este país... Vine a imprimir un libro donde he dicho sin amor y sin odio lo que pasó; llegué después a presenciar lo que estaba ocurriendo; y el pasado año volví a recorrer todo el occidente venezolano, a fin de empaparme un poco en lo que de positivo y prometedor nos reserva el espíritu imperecedero —o mejor, el espíritu sobreviviente—, de ese diluvio que anegó las más altas cúpulas de la nacionalidad, y azuzó a las pantorrillas de la derrota su perrumbre famélica.

Tres veces pasé por mi tierra, callando. La primera mañana, en un agosto del 36, recorrí los barrios de mi niñez; pasé al lado de las cosas y aún de los seres que me fueron tan familiares, en compañía de los amigos de mi infancia y de toda la vida: el viejo poste de la vieja esquina; la casa ya en ruinas donde nací; el paseo habitual; el colegio antiguo de los Salesianos; Camoruco amodorrado bajo la antífona de sus cigarras; el Palotal que parece irse para siempre hacia los estribos de la Sierra; el Morro que traza su vertical hasta que los cerros se dan tregua en las rojas barrancas de Flor de Mayo; y las mesetas melancólicas de Agua Blanca; las vertientes del abra de la Entrada; esa mansedumbre del Trigal, repicando en la alegría de sus campanillas

y encendiendo el amarillo de sus cundeamores... Mis ojos se hartaban de pasado, e iban incorporándose los seres que se borraron en la tierra para hacerse imprecisos en el recuerdo de una como conjunción del hombre y el suelo, porque bajo sus plantas están enterrados los amores y los dolores, el pasado en presente: la nave donde una Virgen del Socorro, con su manto negro lacrimeado de plata estuvo pidiendo un socorro que no llegó nunca; la piedra que sella cuanto queda de una madre que no vimos morir; los fantasmas de todas las ilusiones que hoy nuestros groseros sentidos no pueden ver... y que acaso no verán jamás.

Pero si vi que había casas nuevas, calles nuevas, mi Libertad, réplica de Bertholdi que sacó el bizco obsceno desde la Plaza del Capitolio para la vecindad de sus casas de lenocinio, y que luego, en negro pedestal se yergue, renovada y alta, en nuestra primera avenida... Pero es una libertad triste. Vi la especulación constructora y la especulación destructora... Vi que los malos ricos seguían más ricos; que los ricos buenos seguían menos ricos, y que los únicos que habían cambiado eran los pobres, pues de pobres que les dejara, se habían convertido en miserables... Circulaban automóviles de seis mil bolívares y mendigos de llaga y pan; gentes bien vestidas y chicuelos con los calzones destrozados y la máscara de la muerte amarilla estampada en la carita sucia. Mujeres acurrucadas cerca del fogón donde duerme el gato... Situado tal cual lo dejara la estática del tiempo treinta años atrás, ese hombre, ese eterno hidalgo seco, con el chambergo pulido de lluvias y de sol, un garrote bajo el brazo, en la misma esquina, contemplando con mirada ausente la misma bocacalle del mismo barrio...

Se me habló de agitaciones, de aspiraciones proletarias, del salario mínimo, de los derechos de la mujer,

de las reinvindicaciones sociales... Era como si todo se discutiera de pronto en la pausa de un ciclón, cuyos torbellinos seguían arremolinándose a lo lejos; el brusco desencanto de los que han sufrido mucho, cuando tienen que medir dentro de lo razonable del tiempo lo urgente de la necesidad.

Y lo comprendí todo, porque no estuve allí ni en redentor, ni en político ni en nada; porque yo podía vivir aquella situación de espíritu de mis gentes; porque yo también aquí trabajé y sufrí escasez, y me eduqué en dolor y crecí en privaciones y soñé con una patria mejor, con una justicia social y distributiva, y sólo veía por mis viejos empedrados de Valencia a generales que se hicieron tiranos y a tiranos que se hicieron generales...

De aquí salí una tarde hace treinta y dos años entre gendarmes para un castillo lejano... y esa tarde ya remota en el tiempo y en la pequeña historia de nuestros atropellos locales, juré que no volvería a convivir definitivamente con los míos hasta que no puediera poner mi esfuerzo al unísono de sus aspiraciones. Con las manos atadas y vacías, partí, con las manos limpias de peculado, pero que me han concedido la independencia modesta, vuelvo; pero es para hundirlas hasta los codos, en el raudal de bondad que surte de este agro carabobeño, donde cada piedra marca una tristeza, y cada palmo de tierra sangre que se bebió el olvido...! Y aun para alzarlas airadas el día que sea menester para morirme aquí en la pasión de justicia en que se ha sacrificado a mi pueblo... Y castigar al miserable que ofenda en mí lo que debiera respetar en sí propio. Mi puesto está como siempre al lado de los humildes, que no tengan voz para romperles los tímpanos a las sorderas suicidas.

Es una hora de definiciones y no de meras frases, sean hermosas o brutales, acicaladas o con las mangas arregazadas. No es la de ser ni el elocuente ni el rimbombante. Sólo hay un arte de decir bien: decir la verdad.

¿Qué quiere este pueblo, y con él la República entera? Paz, desde luego; pero paz con honra; paz con pan; paz con derecho de tenerla; paz con sus distritos completos y sus municipios cabales: Carabobo de los carabobeños en un Carabobo integral; Carabobo antiregionalista, ya que el regionalismo hizo presa en él y lo desgarró y lo desmembró y lo desolló como en los viejos días de La Mulera aquella mano de matarife descuartizaba la res brava que le caía en el lazo.

Por eso en el propio corazón del Táchira, en esa atormentada villa de San Cristóbal, donde Eustoquio colgaba muertos por el pescuezo, en noche inolvidable, cuando repetí y confirmé lo que ha sido el credo de toda mi vida y de toda mi obra,—y que estúpidos y malévolos creyendo que los andinos no entienden, porque esos pocos andinos "andinizantes" sí que no entienden a su propio pueblo—como hay "centralizantes" que nos deshonran y nos explotan—cuando esos... imaginaron que la desnuda sinceridad de mis palabras, de mis leales palabras, iba a determinar una explosión de cólera. ¡Ah!, qué grandes y comprensivos son los pueblos cuando quien les habla ni los compra ni se les vende—y saben que con ellos y por ellos se padeció la pasión de la Patria! Allí, sí, donde estaba congregado el Táchira que piensa, que trabaja, que combate; en el silencio conmovido con que se me hacía la honra de escucharme—y a través de la radio hasta las remotas aldeas colgadas de la falda al-

tanera—y hasta donde Mérida asienta en un estribo andino la torre de su Universidad, y Trujillo se recoge en sus valles para asomarse al Lago de los Petróleos—que andinos son los tres grandes Estados, y así lo han reclamado sus caudillos para las horas de asalto, pero nunca sus pensadores para la conjunción civil de la patria —allí les dije de nuestra desgracia de no haber logrado la porción congrua de poder y de actividad; condenados por las derrotas de la fuerza a la conspiración, al alzamiento inerme, a la invasión desesperada, al infecundo martirio, y lo que es peor, a la humillación de los seres inferiores a su desgracia que alternan entre la asonada abierta y la carta cerrada, entre la antesala impaciente y la cárcel paciente, entre el destierro y el favor, la zalema o la calumnia... A ratos, el grito en el desierto, o la protesta sin trascendencia.

¡Esa nuestra desgracia máxima por no haberle aportado al andino que sufría la cooperación de nuestro esfuerza, no enmarcando los linderos regionales sino total e íntegro, venezolano hasta los tuétanos, y en común esfuerzo ir a descabalgar de sus mulas de guerra a sus caudillos y a los maestros en una repulsa absoluta de pueblos que quieren vivir lo suyo, de lo suyo y para lo suyo.

Debemos fijarnos bien, si es que nos queremos dar cuenta exacta del momento, en lo que la obra de las dos dictaduras trató de solidificar; y es muy más que perjudicial y anárquico que cuanto todas las teorías, por absurdas que parezcan, pudieran traer al seno de la sociedad venezolana como factor de disgregación. Porque esas dictaduras—y en especial la última, por más larga y cautelosa—no fueron tan malas ¡con serlo tánto! por lo que eran en sí, sino por la huella que imprimieron al carácter nacional.

Nacidas de la confianza y el mutuo recelo, crearon en derredor ese recelo y esa desconfianza, que iban

desde el seno de la propia consanguinidad hasta la periferia de los estados lejanos, y hasta el propio destierro en donde el "gomecismo" extravasado se jaspeaba de traiciones, de calumnias y de sospechas... Por ello es necesario que surjan a la superficie de la opinión, y que tengan las manos en las palancas de impulso o de moderación quienes sepan situarse en un plano de serenidad y de la firmeza, y que imponiéndose en caso necesario el doble sacrificio de su prestigio local y de su influencia relativa, restablezcan la confianza, la seguridad que los hombres de clan o de horda quebrantaron profundamente, a fin de poder apoyar ambiciones que no guardaban proporción ninguna ni con sus capacidades ni con sus prestigios.

Al Presidente de la República—hoy López Contreras, mañana quién sea—hay que situarlo por encima de compromisos de círculo y nexos de orden personal. En un régimen presidencialista, como el nuestro, el Presidente no puede ser del uso exclusivo de ningún grupo ni de ninguna de las tres grandes zonas territoriales en que se divide el país; basta de Presidente de geografía política. Venezuela necesita un Presidente venezolano; y es por ese concepto que hasta ahora no se ha desmentido—a pesar de las difíciles circunstancias con que López Contreras fué a Miraflores—por lo que el actual Gobierno debe y tiene que merecer nuestra cooperación de fuerza y de consentimiento.

EL DOBLE PSICOLOGICO NACIONAL

El doble psicológico nacional consta de dos tipos, dos especímenes—acaso mero "doble" del mismo—son la polarización de la política venezolana contemporánea. Derivadas de éstas existen muchísimas formas de opinión, especie de sub-productos, o "ersatz"—como lo dicen los

alemanes—que se enquistan en no importa cuál situación o circunstancia: el que dice representar una clase conservadora, que sólo ha conservado el nombre para acorazar de irresponsabilidad su *modus operandi;* y el que disfrazado con todas las abnegaciones ajenas, grita, vocifera, se encrespa, silba al coche donde no va o apedrea la casa donde no entra, y a la hora del choque inevitable en la que los de buena fe se baten o se ultrajan, sabe,—con un pasmoso mimetismo entre enredijos de frases huecas y flexibles como cañas de bambú y cifras de compendios y disertaciones abstrusas de una sociología de albondiguilla,—situarse al lado allá de la barricada, a la oreja del adversario del día antes para decirle la hora del Huerto, la senda y el lugar del beso; y en nuestro desconcierto inerme apenas si levantamos como Pedro, una espada airada para cortarle la oreja al sayón, en un magnífico gesto que horas después, se recatará todo trémulo en el propio pórtico de la infamia, jurando en falso y negando tres veces antes de que cante el gallo.

LA LUCHA DE CLASES

¿Lucha de clases?

Venezuela no es una república negra, ni amarilla ni roja: el derecho del desarrapado termina donde empieza el del que no lo sea; el derecho del negro o del indio o del mulato, por negro o mulato o indio, es tan absurdo y tan antisocial como el del blanco por blanco o el del rico por rico... Si en nuestra Constitución se nos marca hasta el tratamiento; si el "ciudadano" y el "usted" son tan imperativos en nuestra modalidad política como el derecho de reunión, de expresión y de actividad hasta donde no perjudique a tercero.

Si esta división de "pobres y ricos" siempre fué así en este lamentable paisaje del bienestar público...

Y luego vinieron las graduaciones: "Fulano porque ahora es rico y general y se la echa de blanco"...!

Esto lo hemos oído muchas veces. ¡Echársela de blanco! Claro se está que esa aspiración era la de todo infeliz hambreado, ignorante, descalzo: de esa vasta injusticia colectiva, era fácil crear una fuerza de protesta que surje en el corazón de la guerrilla con el más "guapo", o del seno del tumulto con el más insolente... Lo que es grande y arduo y digno de los venezolanos del futuro, es convertir esa fuerza de protesta en elemento orgánico e incorporar en la vida civil, con legislaciones del trabajo, con seguros sociales, con un impuesto razonable sobre la renta a partir de un ingreso de cierta consideración, que corrija el absurdo rentístico del impuesto indirecto único, con garantías y ayudas eficaces, ese mundo que bulle y se estremece, sin hallar cauce al tormento de sus deseos ni fuente a la sed de sus necesidades.—Entonces se verá que lo que hoy se teme será nuestro mejor apoyo económico. ¿Temor al pueblo? El pueblo es un niño y es un león: fácilmente se le engaña; sus cóleras no tienen límite.

Si las llamadas clases conservadoras de Venezuela, que sólo su nombre han conservado, no hubieran sufrido el desgaste, el desprestigio y finalmente el anquilosamiento, acaso hubieran contado sus mejores aliados en cuantos crean la riqueza primaria y perforan y labran y pastorean y siembran... Hablo del pueblo obrero y campesino, no del arrume que infesta las ciudades.

¡Iba a ser muy difícil—y así lo veíamos muy de lejos a fines de la Dictadura—iba a ser muy peligroso convertir al grupo de caporales y a los rebaños humanos de sus caporalías, primero en ciudadanos y luego

en electores! Y de una manera soberbia seis elecciones: dos municipales, dos estadales y dos federales, respondieron al simulado escepticismo derrotista! La función hace el órgano; y si hasta ayer fué el órgano el que determinó la función, vamos a responder como debemos a una libertad que se nos propicia. No hagamos de ella un derecho al insulto impune, sino una norma a la convivencia, y tengamos vencedores o vencidos en las justas de la nueva democracia la consideración al adversario y el respeto por los ajenos ideales. El respeto por los ajenos idearios. Es la única forma de reinvindicar el derecho de que se respeten los nuestros. Y eso es lo que yo, formado en un medio conservador, pero del que siempre estuvo en la oposición o perseguido, sé de cuántos apagados y sufridos se han mantenido al margen del fácil festín, y respeto lo que de respetable tiene esa clase social; eso es lo que le he censurado siempre a su sector rico o acomodado o burgués o como se le llame: la reconcentración, el despego, cierto desdén que miente una elegancia moral de no ir al comicio, a la plaza pública, a la batalla, y teje una pequeña guirnalda de grandes apellidos, para ir enredando lentamente las ansias sociales del general truculento o del doctor advenedizo. Esta regocijada aristocracia criolla, que data de la emigración, de la Colonia, o del viejo fraude político, ya olvidado. Y hay otra cosa odiosa, pequeña y triste: el capital criollo, imbuído en tal absentismo desconfiado, se aleja de la pequeña industria, se torna inaccesible a la aventura honesta de la empresa nueva, y va tesaurizando en una forma solapada, que llega hasta el vale al veinte por ciento y no pasa de la hipoteca, que previamente se supone caducable. Pocos años hace, aportando el mísero relieve del opíparo yantar extraño, a cuyo margen manos rubias arrojaron unas millaradas de bolívares que ya devoró el lujo cursi, otra honda grie-

ta se abre y resquebraja los cimientos vacilantes de nuestra economía doméstica; el espíritu de iniciativa que hizo nuestro pequeño comercio lucrativo, parece haber olvidado que es preciso exponer un poco para poder ganar algo.

Yo no iré a ocupar una curul en el Senado de mi patria ni para que me intimiden las barras, ni para que me coarte el favor o el disfavor oficial. Iré allí para dentro de las posibilidades y de un leal entedimiento con todos, poder prestar el servicio que las circunstancias impongan. Nada más; pero tampoco nada menos. Porque tan infecundo en la Venezuela de hoy es la ubicua adulación y el sometimiento por adelantado, como la "prima donna" que avanza hacia la rampa de luces, tirándole besos al pueblo, y más tarde cobra en taquilla, centavo a centavo, la categoría del cartel.

Saludo a las autoridades civiles, saludo en Carabobo a la gente carabobeña, y a la que vino de lejos y aquí se quedó, y aquí trabajó, creando el propio derecho de gentilicio. Y por encima de nuestras cabezas y más allá de nuestras vidas, me inclino ante quienes cayeron para no levantarse más, esos, que no pudieron ni entrever a la Venezuela que vislumbramos hoy, por la que padecieran y murieran en el campamento, en las prisiones, en lejanas tierras, o sobre las propias costas inhóspitas, donde más de una vez las ventanas se cerraron y las puertas se atrancaron cuando a ellas pretendió llamar el puño armado de la libertad. Yo compartí esas luchas, y tengo el derecho de juzgarlas y el buen gusto de no mencionarlas más.

Saludo a la juventud nacionalista y democrática de Carabobo, porque ella debe recoger del fondo de mis palabras el absoluto desinterés que las dicta, y formulo la promesa de olvidar, para que hoy me encuentre don-

de antes no supo hallarme. Y me encuentre dentro de la áspera noción emersoniana: "No retengas mucho entre tus manos el bien que se te haga, porque se te pudre".

A pocos pasos de aquí, en ese viejo templo de San Francisco, Fermín Toro subió una mañana a la tribuna de la Convención, tosiendo y cadavérico, acabado de decepciones, abrigándose el enfermo cuello con la solapa de un viejo "macferlane" diplomático. Fué quien respondió a Tadeo Monagas que le llevarían muerto antes que prostituído, y que doce años más tarde se erguía, conservador venezolano, pero filósofo integral, un poco Condorcet, acaso tocado ligeramente por ese liberalismo romántico de Martínez de La Rosa, clamando ante la ira de los convencionales, que pedían la cabeza del primer Monagas: "...y si pido el manto de la clemencia, no es para arroparme con él, sino para arrojarlo,—para arrojarlo no, la expresión es dura y no sale de mi corazón,—para tenderlo con mano amiga a cuantos han tenido la desgracia de delinquir".

No es tan alta la ocasión, ni tan patético el momento éste, frente a aquel otro: los hombres que ayer pecaron contra la carne y contra el espíritu; los que se rescataban de la ira del pueblo o del propio remordimiento, van y vienen por nuestras calles, me contemplan quizás con ojos de odio desde el seno mismo de estas multitudes, desembarcan y se embarcan libremente en nuestros puertos, negocian, "leguleyan" y aún atacan y ultrajan y agreden dentro de la tolerancia, dentro de la magnífica tolerancia nacional.

Escriben el despecho de una yernocracia destetada en libros de una triste prosa de retrete. *Así fué,* así fué y será para siempre esta gratitud de las herencias proindivisas. Satirizan a nuestro Ejército y al Jefe

mismo de las fuerzas nacionales de mar y tierra, en su doble investidura constitucional, diciendo en la prensa que esas espadas que portan los militares de Venezuela, se las colgó a la cintura la mano del muerto que ahora no quiero nombrar ¡y que nombré con justicia a la faz de la Venezuela exacerbada del año 36, cuando ellos, pávidos, callaban, o dirigían hacia el hombre que entonces se sentaba en la silla de Miraflores cartas tan lastimosas que rayaban en la puerilidad!

Y ya que tanto he hablado del deber civil, es imperativo que rinda un tributo al poder militar, ese que encuadra y cuadra a nuestras recientes libertades: esas espadas no las colgó la mano de ningún Muerto: el pueblo de Venezuela—o el propio Congreso que se eligió bajo el Muerto, pero que obró esta vez bajo la voluntad de Venezuela ya en pie—puso en las manos del primer militar jerárquico el bastón del Magistrado civil, y con ello sancionó para la historia y para el futuro que esas espadas las ciñó al cinto de sus oficiales la República, y que sólo se desnudarán para la garantía de la patria común, y para que el sol nazca y se ponga en los mismos mares, en las mismas selvas y en los ríos mismos que marcan nuestras inviolables fronteras.

Si es humana la gratitud, así se le tenga a un tirano o a un malhechor, el deber de la patria está por encima de la más humana gratitud. *Y así fué...* y así tendrá que ser.

Y así lo ha probado López Contreras y es menester que siga probándolo.

Y, si ese deber de Patria, que respeta hasta la libertad de ofender a la Libertad, ha hallado compatible con la seguridad y la tranquilidad sociales, que aun los más caracterizados representativos del régimen dictatorial se incorporen en la vida civil y aun en la administrativa, y

presten los servicios que puedan y sepan prestar en esta hora de renovación y de reconstrucción, sería cobarde y vil y menguado que yo desde aquí— y con la promesa categórica de que la juventud democrática de Venezuela no ha de comprometer mi promesa, y se da cuenta del momento histórico por que atravesamos,—desde el corazón de un Carabobo, unido y sensato, en esta hora en que el Gobierno de López Contreras es diez, veinte veces más fuerte que la más fuerte época del despotismo gomecista; porque lo respalda un pueblo entero y lo inviste un mandato legítimo, sería cobarde y menguado que no impetrara de ese Gobierno un gesto de indulto, de amnistía o de lo que se le llame, dentro del decoro civil de la autoridad, ya que ello no significaría sino la extinción de una pena cumplida, y cuya perdurabilidad hubo arrancado en similar ocasión tan triste frase a los labios descoloridos de Cecilio Acosta.

No se encrespe tumulto ni se levanten airadas voces. No reclame de mí nunca ningún partido el sacrificio de mi conciencia civil. Uu Decreto Ejecutivo, basado en un inciso que está en nuestra Constitución jurada, echó para el destierro a un grupo de venezolanos. Precisamente, a los que del destierro venían o devolvían a la vida las cárceles. Dos veces se vence el término de aquella medida que se juzgó prudente. Yo no censuré la medida entonces porque, repito, que respeto lo que creo que otros hacen de buena fe. Yo no critico: yo pido, yo suplico, haciéndome vocero insospechable e insospechado del porvenir, lo que creo, como hombre, como carabobeño, como venezolano y como desinteresado colaborador dentro del régimen actual, un deber mío: que se incorpore esa parte útil, viril y patriótica que representa una Venezuela nueva, en la vida civil de su patria. Y para los que adhieren por convicción o por pasión a que continúen en el destierro—¡yo que sé de la deso-

lación del hombre sin patria y de la patria sin hombres! —formulo en mi alma—¡y yo sé que todos en el fondo así lo formulamos!—el voto de salir al frente y defender con terrible energía y eficacia el cumplimiento de esa promesa, porque ya Venezuela no puede sufrir más la enfermedad casi crónica del sufrimiento de su hijos. Yo creo—y si se nos engaña, el engaño sería peor para los engañadores que para los engañados—que esta vez sí "se esté dispuesto a luchar lealmente, en la actual etapa histórica de Venezuela, en cordial inteligencia con todas las corrientes progresistas, sobre una base común, dentro de las líneas liberales y nacionalistas", según frases categóricas del sector más acusado de las izquierdas venezolanas.

Ahora bien; si mañana un gobierno de izquierdas extremas—invocando una medida defensiva, y aun sirviéndose de ese mismo inciso sexto que ahora condena—echara para el destierro a los hombres de un sector de derechas intransigentes, con esta misma voz serena e inmutable, yo que he sido proscrito, y he leído y oído en el destierro cómo hacían con iguales ditirambos sociológicos y literarios cosa de escarnio y de irrisión pública el ultraje de patria que se nos hacía, yo que sé cuán duro es el no tener patria por el crimen de querer que la tengamos todos, me levantaría a pedir, a suplicar, a exigir, como fuera el caso y la posición de la época—que desaparezca del panorama político de mi patria esta noción de que unos venezolanos deban o tengan que echar de Venezuela a otros venezolanos.

No imaginen ciertos insensatos de izquierda epiléptica, que con ésto trato de congraciarme con ellos ni de obligar su gratitud. No supongan ciertas derechas incomprensivas que me amedrente el cerrado concepto de su desvío, porque guarden un interés que es mejor no juzgar. Yo aquí esta noche estoy cumpliendo con

mi deber por encima del juicio momentáneo de los partidos, y sin que en ello comprometa la voluntad del que me acoja en sus filas, mi actitud no tiene otra definición que el del antiguo mandato estoico: "El deber, porque es el deber".

Queda, pues, cumplido.

NACIONALIZAR EL NACIONALISMO

Nacionalizar el nacionalismo, es procurar que converjan a un cauce progresista las diversas corrientes que forman el caudal de la opinión pública. El viejo Partido Nacionalista hizo una guerra civil, para vengar una burla eleccionaria, y al apelar a las armas, dió cauce al 99. Así la traición imperdonable de Andueza Palacio había hecho sacar de un rincón de El Totumo las catorce lanzas cresperas; el reloj adelantado de las mesas electorales del 98 puso en manos del impetuoso Castro la bandera abatida del honrado caudillo carpintero en prisión. Sería injusto, antihistórico y antisocial que, por vía de prestigiar las nuevas tendencias, se pretenda imponer una solución de continuidad en la inflexible concatenación de las leyes evolutivas, desconectando el ímpetu de ahora del lejano móvil civil y democrático que quedó vibrando, lejos, al paso de cada generación. Pero si ese Partido que era y debe seguir siendo de pura esencia democrática, con su inevitable aleación de oportunismo, y con su inevitable rémora de aspiraciones, que no guardan proporción con los servicios prestados, se reseca, se encierra, se inmoviliza en su hornacina, contentándose con inscribir en el tope del nicho la leyenda de una Patria "por la Razón o la Fuerza", venerable y enjuto, disecado y respetable, detendrá un instante el paso de las nuevas gentes, que con un poco de

respeto, o quizás algo de miedo, se irán luego alejando lentamente de la reliquia sin volver la cabeza.

Es una pena profunda la que me causa esta división entre las sectores batalladores y el único partido subsistente, que no fué nunca gobierno en Venezuela. Con una imparcialidad que deplorablemente no parecen tomar en cuenta los extremos máximos, he buscado en las personas el origen de ese divorcio. Es inútil que logremos encontrarlo en sus principios esenciales. ¿Tendencia gregaria? ¿Sectarismos arbitrarios de una u otra parte? ¿Para qué crear dentro de la común necesidad que todos tenemos de una patria y una libertad posibles esa atmósfera hostil e irreconciliable que pone a luchar, como en el caso concreto que aquí me trae, una candidatura independiente contra otra acaso no menos independiente? ¿Qué significa ese espacio distanciador al pie de la misma común aspiración? ¡Ah, no, ni momias, pero tampoco caretas!

El año pasado me fuí a recorrer el occidente de la República hasta los Andes colombianos; y observé, aparte de naturales diferencias ideológicas, ciertas luchas de carácter larvado de trascendentalismo. Advertí un profundo, un general anhelo de restablecimiento, de regularización, de normar la cosa meramente oficial a la cosa específicamente humana; un anhelo de paz y de justicia social, de un reparto equitativo de los bienes morales y materiales de este mundo, que ya no es de Carabobo, ni de Venezuela ni de América solamente; que es el grito de rebelión inicial que incorpora en sus tumbas a las víctimas del viejo capitalismo inmisericorde, desde el buhonero que huele a celuloide y a

jabones baratos, hasta el importador que huele a café, y el banquero que huele a petróleo. Que ya no es credo de éste ni de aquel partido, sino deber imperioso, instinto sagrado de las especies a subsistir, y cuya razonable satisfacción es la única garantía con que deben dormir su sueño los afortunados. Pero también es menester que saquemos todos a pulso, con el ímpetu sin compromisos de color, de clase ni de estado, el concepto de una libertad positiva en la convivencia y en la viril tolerancia: esa libertad posible, esa república posible que hace ya casi medio siglo proclamaba el estadista argentino. La libertad, no la cosa podrida de que habla el dictador italiano, ni la sigilosa y proteiforme que levanta patíbulos en Moscú y asesina a sus generales en las Legaciones extranjeras; menos aún esa otra que le tuerce los brazos a la cruz de Cristo para forjar un signo bárbaro—sino la que serenamente instruye y cura, alienta y ampara; porque somos apenas tres millones de seres que surgimos de una zona de sombra, para contemplar un mundo estremecido de presagios; porque somos pobres, y lo seremos mientras no sepamos que la libertad tiene un precio, y que ese precio hay que pagarlo, no ya con sangre ni con algaradas, sino con amor y cooperación; despojándonos de nuestros resentimientos, si han de llamarse venganza: buscando en todo momento a todo tiempo y con toda buena fe, ese punto de inteligencia y compenetración, a fin de que vayamos superando las formas inferiores de horda, de clan, de facción, hasta que lleguemos a la categoría del partido en función civil de poder.

BREVE ANALISIS DEL GOBIERNO DE LOPEZ CONTRERAS

López Contreras llegó al poder y con él los hombres que colaboraron bien o mal,—y se halló con un

mecanismo oxidado, rechinante: a cada rato amenazaba torcerse un eje o estallar una caldera. Mecánicos apurados o improvisados, apretaron aquí, aflojaron allí, corrieron de un extremo a otro de la planta con emociones primerizas. Y una juventud con marcas de grillete en los tobillos, o trazos de látigo en las espaldas, sudorosa, jadeante, entusiasta, odiando el parapeto, pero sin más remedio que hacerlo marchar, porque el paro o la huelga eran la catástrofe—¡y sin saberse dónde estaban las piezas de repuesto!—se puso descamisada y heroica a echar paladas y paladas de carbón, mientras el manómetro llegaba a marcar presiones inverosímiles. Claro que hubo bruscas órdenes, empellones, voces autoritarias, desmanes incontrastables. Pero el apuro era común; y desde el jefe ingeniero en el tabulador de conmutadores, hasta los que acarreabean el combustible, la única noción que tenía que subsistir e imponerse era la de la salvación general. No estaban ni lejos ni ociosos quienes de aquella vieja maquinaria habían sustraído los mejores resortes, pignorando o robando las piezas más valiosas, dejando ensuciar y obstruir y apelmazar de aceites negros el juego de sus bielas y aun tenían la avilantez, ya arrojados por la ira de los trabajadores fuera de la sala de máquinas, de ponerse a obstruir con escombros de su propia catástrofe, los desagües y los entubados. Decían que era débil y vacilante el hombre del tabulador, y quien conservaba una sangre fría que ellos no tuvieron, e iba despidiendo zánganos o probando novatos, y todo ello con la inquietud de que un voltear a izquierda o derecha, un mero gesto personal de impaciencia, diera al traste con aquel prodigio de inestabilidad normalizada. Yo por eso creo honradamente que este hombre no va cambiar su primogenitura espiritual por ningún plato de lentejas; y que si dentro de lo personal abrigue sentimientos porque se

dude de sus intenciones, inspirado en el profundo sentido de patria, que vive proclamando, sabrá ir hasta la grada de su culto máximo, hasta la tumba del Otro, que se fué a morir lejos, para no infamarse odiando a quienes le negaban cerca, y a consagrar la promesa con el acto. Si no lo creyera así, si no lo esperara así, aquí no estaría—obreros y privilegiados, campesinos y ciudadanos—aquí no habría venido ni hubiera aceptado tampoco el mandato de ustedes, que no es ningún ramo de rosas sino un tremendo deber; si no lo creyera así, si no lo esperara así, ah!, yo conozco la senda de la derrota amargada por los mismos a quienes se quiso defender; yo conozco la vía de casi todas las cárceles de este país; y aun se abren en la desolación marina, para todos los rincones del mundo, los derroteros del destierro, donde veinte inviernos no han logrado enfriar el calor de esta greda roja de las barrancas carabobeñas, encendido con el sol de mis primeros días.

No se imputen estas frases a búsqueda alguna. Con este discurso queda también rota una tradición que es ya clásica: el candidato ofrece todo antes de la elección, y al triunfar en ésta automáticamente queda cerrada la oferta del candidato.

Es necesario de vital necesidad, si aspiramos a ser un pueblo con derecho a esa libertad, por la que una tercera parte de los venezolanos estuvo sembrando de huesos medio haz de este continente, que anulemos en el fondo de nuestro espíritu lo mezquino, lo pueril, lo aldeano de nuestras antipatías y de nuestras pretensiones, para que ese martillo, que se alzó ayer no más matando sicarios, no sea arma de motín, ni instrumento de discordia, sino peso y fuerza en el yunque contra la fe ardiente de nuestro corazón venezolano en la forja común de una patria mejor.

CARACAS

En el Congreso Nacional y en la Sesión Solemne de Conmemoración de la Batalla de Carabobo y de Homenaje al Soldado Desconocido de Venezuela en el Día del Ejército, 24 de Junio de 1939.

Honorables Senadores: Honorables Diputados: Poderes que aquí tengan representación:

> **"Con todo eso los altares idólatras no fueron quitados; que el pueblo aun sacrificaba y quemaba perfumes en éllos".**

EN el símil clásico, con cada sol que nace se hunde un poco más bajo la tierra el héroe caído; con cada lluvia reverdece la sabana, y en el silencio crepuscular prolóngase como un eco el trueno distante que desde más allá de un siglo marcó por el estampido de sus viejas bocas de fuego una de esas horas solemnes en que la razón tuvo armas y la fuerza fué pedestal de la justicia.

Ninguna de las luchas arbitrarias, entre el apetito de unos hombres y las pasiones de otros, vale, en el recuento de los tiempos, lo que estos grandes actos de la libertad humana contienen de enseñanzas y de cimientos. Cada batalla que la libertad ganó a la usurpación—con

ser pocas estas batallas y estar ya distantes— vale por los mil combates que la astucia, la codicia y el asalto, signaron en la historia de nuestras contiendas civiles con el prestigio de la hazaña que sólo es golpe de suerte; porque la proeza no es la osadía, ni el éxito feliz de la acometida; la hazaña es el acto de justicia, hecho ley; el acto de ley, hecho razón; el acto de razón, hecho obra: el guerrero desensilla el caballo, y sobre el lomo todavía sudado por el fuste del bélico trabajo, coloca el apero del trabajo ordinario y, con el mismo paso rítmico de la marcha tropera, va siguiendo el hilo del surco, detrás de la bestia que trabaja la tierra, el hombre que con su corcel de guerra la trabaja.

Comprendo, ciudadanos Representantes, que esta épica venezolanista deba aún prolongarse mucho tiempo, como un motivo ornamental indispensable, como una metopa escultórica inevitable, en la fachada de las casas donde los hombres hacemos leyes; y, comprendo asimismo, que una honda fascinación etnológica e histórica, nos ponga todavía trémulos ante los amaneceres marciales de la Patria, ya que sólo nos quedó la emoción después que se gastó en nosotros aquella virtualidad, que era el fondo de sencillez de aquel heroísmo auténtico, cuando sobre los arneses salpicados del lodo y de la sangre de las batallas, los hombres de la primera patria escribieron las primeras leyes para su primera patria.

El que os habla alguna vez dijo que más desconfiaba de la selva que del cuartel. La selva no produce—como en las viejas mitologías del norte—sino los enanos audaces o los gigantes taciturnos. En este mismo acto que conmemoramos, como si el paisaje revelara la claridad de la acción, fué la llanura abierta y no el bosque sombrío ni la montaña artera, el escenario de la acción magna, y la solución del problema insoluble hasta entonces de la resistencia permanente.

Por esa llanura que desde aquí mentalmente vemos, por esa llanura en la que nuestra imaginación desde niños abrió ancho compás de campo y cielo—para poblarlo con los semblantes de los héroes, que parecen descender de los viejos retratos e ir desfilando en una como parada triunfal—por esa llanura viene Aquél, pequeñín y voluntarioso, cabalgando el caballo rucio pasitrotero entre el grupo de ayudantes rubios y de ayudantes morenos; y no se está quieto; y en la silla le escuece el asiento; y el corcel ya sacude espuma en los hierros del freno; y la batalla está indecisa; y hay una gran expectativa del pánico de sentir pánico, cuando la fila de diablos rojos enfila por la boca de la pica, y los hombros altos y anchos de un Páez ceñido dentro de un dormán estrechísimo, van marcando el ritmo del galope bajo un haz de lanzas que parece un aguacero plateado circunscrito a los límites del escuadrón. Todo ello es grande, noble y fuerte, porque a hierro y a plomo se está echando el último cimiento de una nación: lo están echando manos pálidas y patricias que se desuellan en la obra; lo están echando puños rudos, y puños negros, y puños rojos, y puños aborígenes en el esfuerzo común del momento, en la comunidad del sacrificio, que ya no distingue ni fuero ni casta ni categoría. Es después del triunfo cuando Valencey, tozudo y tenaz, se borra en el crepúsculo, y los últimos estampidos piérdense en el silencio de las hondonadas, que el privilegio, y el mérito y el grado, surgen del propio campo con las últimas humaredas, se remontan en la fama, para perfilarse en la inmortalidad, mientras al borde del zanjón reseco, contra el chaparro retorcido, o en plena sabana, de cara al sol, el soldadito muerto recoge en la retina del crepúsculo de su propia tierra en el atardecer de su existencia humilde, una minúscula bandera que tiene del amarillo, del azul y del rojo, de la otra que iba guiando al ataque hacia la muerte... Y

es esta visión, ciudadanos, la que entonces desde esos ciento dieciocho años que nos separan del cuadro, parece imponerse, absoluta, sobre las perspectivas gloriosas, sobre los batallones entusiasmados, sobre los regimientos en ringlera y sobre el grupo que en primer plano—letras mayúsculas de ese vasto texto de minúsculas con que se compone una página de historia, como en la imagen del poeta guerrero —es, sobre ese grupo también donde el Libertador surge rodeado de Libertadores, que, muy sencillo, muy pobre, muy bucólico, bajo su montoncito de tierra roja en la pampa verde, pudre sus huesos el pueblo desconocido, ese que se llamó Pedro o Juan o Diego, y que sembró—con una fe simple, con la fe de quienes siguieron una prédica que no entendían para hacer un bien que no iba a alcanzarles—la semilla que sus hijos recogerán en la misma tradición infecunda y cruel, de estar enmarcando en un cuadro cada vez más despojado de heroísmo, esa recurrencia febril de querer revivir en la gente anémica que gastó una lucha imposible, los bríos del conquistador desbrozador de bosques, los bríos del Libertador que tejiera bajo los cascos de su caballo en el cáñamo de un mapa primario este viejo bordado y que, aún deslucido por el abandono en que lo tuvimos, dijérase que revive vagamente en su trama, el tahalí de la tizona castellana, el arcabuz del aventurero, el arco tenso del indio, o la tremenda macana del africano.

Hubo una época y una literatura históricas que asignaron mentalmente el alto comando de las libertades a una clase que venía del privilegio y vivía para el privilegio. Los que hemos estudiado en el libro vivo esa historia no escrita; los que creemos que aún falta por escribirse, no los anales de los patricios ni de los guerreros; no la épica de los jefes insignes y de los subalternos que morían como perros cerca de las botas de los jefes insignes, sino la historia de los hombres: del pequeño hombre enorme que

dijo en el lenguaje definitivo de los hechos cómo el elemento humano al que otros sólo consideraron para talar los árboles, arriar la recua, rasurar el cañamelar o recoger la almendra del cacao, cómo ese elemento humano, que acaso no era más culto ni podía serlo que el que más tarde dejarían los atropelladores, fué la noble materia heroica de que se sirviera: porque él creyó siempre, hasta en las horas más lóbregas de Jamaica, cuando pedía desesperado un par de onzas de oro al Gobernador inglés de la isla, para no tener que alojarse otras dos de plomo en "la cabeza de los milagros", o cuando ya de vencida parecía irse extinguiendo con las últimas luces de la costa atlántica; porque él supo siempre que en Venezuela había hombres. Naturalmente, no los fué a buscar a las casas de contratación, donde la Guipuzcoana liquidaba sus últimas existencias; ni aún se le ocurrió comprometerlos por el entarimado de los saraos coloniales, donde sus primas bailaban de guardainfante y sus primos jugaban al tresillo los copiosos doblones de la buena cosecha de añil, donde era muy rococó y muy enciclopedista tener ideas "peligrosas", que luego convertíanse en clamores arrodillados de histeria; tampoco se anduvo reclutándolos en casa de aquel bodeguero, a quien la burla urbana llamara "el pueblo", porque, insolente, con ancha faja de cuero de becerro, todo demagógico, increpaba a cada paso, a la cabeza del motín arrabalero: "el pueblo quiere, el pueblo pide, el pueblo necesita"... y a ese que no era pueblo le llamaron por burla "el pueblo"; que al sentido común a veces se le llama burla; menos se le ocurrió pensar que entre los cortesanillos de la Capitanía General, o los tenientes de alcalde, o los monigotes de calzón de trabilla o de sotana listada, iba a encontrar ese material con que más tarde se fabricarían tres Carabobos y un Ayacucho. Fué con Pedro, Juan o Diego: Pedro que no sabía leer, Juan que apenas llegaba a la alpargata, o Diego

que no rasguñaba con una pluma de pavo y pésima ortografía, esas hojas de servicio pálidas de gloria y de historia que reposan en el fondo de nuestros archivos; fué con ellos con quienes ese enorme pequeño hombre levantó para la sorpresa de los tiempos y para la vergüenza de quienes todavía no lo comprenden, esto que se llama una patria por lo que contiene en sí de sacrificio humano, de fosfato de hueso humano podrido en la tierra, de esta inmortal esperanza humana: la de que los hombres mediocres que hoy soportamos el agobio de una herencia,—cuya cartilla de partición nos robaron en una encrucijada del destino,—logremos con ese mismo material probado comenzar ya, de nuevo, si no dentro de las líneas puras de aquella vieja arquitectura, al menos otra construcción sólida, y alegre, y clara, y acogedora, desde cuyas cuatro ventanas abiertas a los cuatro horizontes del espíritu, podamos contemplar los crepúsculos sin la melancolía de los enfermos incurables, y que cada amanecer sea una superación de nuestra propia deficiencia y una reafirmación de nuestra rediviva energía.

Con ese material forjó la patria grande y el ejemplo a sus tenientes. Estos tenientes que llevaron a Pedro, a Juan y a Diego al holocausto consagratorio, comenzando por Páez, que del cabo de su lanza se talló bastón de magistrado; estos grandes jefes, de las grandes jefaturas militares; éstos, que no fueron caudillos de falange, régulos de cohorte ni tuchunes chinos ni rases abisinios; estos grandes jefes sí tuvieron, aún dentro de las tremendas limitaciones que les impuso el destino al borde mismo de las luchas, un respeto instintivo y profundo a la dignidad civil de la República, que estaban forjando con sus armas, como el padre que engendrando en un acto carnal impone con la propia gestación la virginidad de la hija. Y es por ello por lo que a través de dos épocas erizadas de bayonetas o fulgurantes de peinillas, merece

este Presidente de la República que hoy tenemos, justicia honrada y simple, y clara y categórica; porque salió de las antesalas del cuerpo de guardia, dejando tras de sí las alabardas y se adentró en la conciencia civil de sus compatriotas, no presentándoles una espada desenvainada y teatral en la mano, sino el modesto ejemplar de una Constitución sobre la cual aquí y fuera de aquí, él y nosotros hemos jurado vivir y morir, y por eso, repito, desconfié siempre más de la selva que del cuartel.

No es hora de pelecheo, ni de codicia ni de retaliación. Estas grandes fechas, ciudadanos Senadores y ciudadanos Diputados, estas grandes fechas que el Gobierno Nacional—un Gobierno que nació para la libertad bien entendida, para la libertad restricta dentro de la civilización latina, que debe mantenerse dentro de ella, y a quien esa libertad devolverá en dones copiosos el esfuerzo de haberla logrado imponer—no deben ser ya para nosotros el pretexto de izar una bandera, resoplar unos cobres marciales, disparar al aire unos cañones y, hacer maniobrar los regimientos por el estadio mismo en que ayer nomás las Euménides desgreñadas de la catástrofe civil cabalgaran, desde el horizonte racional, hasta el horizonte mental de las últimas generaciones. Eso es marcial, hermoso y digno ahora; y bien está. Pero la lección suprema de estas fechas que conmemoramos, nos indica que si el esfuerzo fué común, que si común fué el sacrificio del triunfo, ni el héroe ni su soldadito sacaron otra cosa que una tumba de mármol en un panteón, o una tumba de tierra en un paraje desconocido. Al cabo de esta cuenta de años es tiempo que totalicemos: el Ejército hizo las patrias, es verdad, y entre ellas, la nuestra. El Gran Ejército de la Gran Colombia: Ecuador, con los blandones de sus volcanes encendidos; Bolivia en su alta meseta ceñida de nubes y de plata, hija menor y consentida; el Perú, noble y rico; Nueva Grana-

da, hermosa entre todas. Grandes y nobles patrias bolivianas, a cual más grande y a cual más bella. En su elogio, ciudadanos Representantes, podemos y debemos decirlo todo. Loa de sus hombres, de sus gobiernos, de sus instituciones. De Venezuela no digamos sino una sola cosa: ¡Madre mía!

Sea esta hora y en este momento —cuando la exaltación del poder civil concrétase en este homenaje sencillo y solemne, después de tántos años de simulaciones y de falsificaciones,—la máxima expresión del homenaje. Sea esta hora en que investido por vuestra autoridad, represento los pueblos que en vosotros delegaron su voz y que nos congrega como dentro de un Fuero Juzgo ideológico—porque cada uno de vosotros vale tanto como yo y todos juntos más que yo—encarnación momentánea de ese derecho público que nos es tan caro.

Séame permitido, pues, haciéndome la voz de vuestro anhelo ferviente, declarar que un simple representante del pueblo, de ese pueblo de Pedro, de Juan, de Diego—respetuoso, pero digno de la misión y de la comisión—bien puede sentirse en este instante como el mensajero de la resurrección de los principios en el primer amanecer de la República.

Descansen en paz de siglos los Libertadores.

Descansen las armas en la paz de una Libertad, que pagó su precio en sangre y en llanto.

Ciudadanos Senadores!

Ciudadanos Diputados!

En la Sesión Solemne del Parlamento el 5 de Julio de 1939.

Ciudadano Presidente de la República; Honorable Cuerpo Diplomático; Ciudadano Presidente de la Corte Federal y de Casación; Ciudadanos Ministros del Despacho; Ciudadanos Senadores; Ciudadanos Diputados; Ilustre Clero Metropolitano; Señores:

ESTE 5 de julio nos congrega, unidos hoy en la patria y para la patria, a los venezolanos que partidos de los cuatro puntos cardinales, aquí comparecemos en presencia y en substancia. Unos vinieron de cerca, otros vinimos de muy lejos; pero aquí estamos todos yá.

Este 5 de julio que abre una pausa en el alma de los venezolanos—como todas las grandes fechas y como ésta, la magna— nos saca de las insignificancias de la hora de labor común, del bajo menester diario; nos arrebata imperativamente de entre nuestras pasiones de hombres vivos para que veamos un instante cruzar la teoría de las grandes sombras de ayer, que pasan, serenamente, por entre mirtos inmortales; que pasan, señores, sin desaparecer en el panorama interior, porque coexisten en el fondo de nuestras conciencias republicanas con la propia esencia de la patria misma.

Adelantan por las baldosas coloniales de la capilla del Seminario Tridentino, y quedan allí esos hombres como inmovilizados de eternidad. Cada uno dice su pa-

labra de fe, de duda o de imprudencia. Toro, que "no teme a los españoles y menos aún a los ingleses"; Maya, quien no tiene instrucciooes y vacila ante la magnitud del compromiso; ah! y ése que sólo obtuvo un acta que llamaríamos casi de consolación, una modestísima credencial de San Juan Bautista del Pao —porque así fuimos siempre los venezolanos—; ése que ya surcado por las arrugas del fracaso y nevado de canas de desengaño, se irgue, altivo y circunspecto, apoyado en su viejo sable de Valmy, reflejando en el rostro que toca el dorado leve del arete en la oreja granadera, toda la melancolía del último Don Juan de las revoluciones... No quieren que esté allí, les desagrada que esté allí, porque los mantuanos de Caracas y Valencia se ofendieron de él; pero allí se quedó don Francisco sobre sus altas botas jacobinas, ausente y presente, vivo y muerto, quemado en efigie o traicionado, para ser desde antes y desde entonces el Gran Abuelo de la Libertad Americana: Aquél Gran General, señores, en aquél Gran Congreso.

Están a las puertas, vociferantes los Coto Paúl, los Carabaño, los Yanes, los Peña, los Bolívar; están otros también que la historia no anotó; quieren traer al seno de la serenidad un aliento de batallas inminentes que ya husmean sus narices trémulas de cachorros de león. Y allí no se habla, ciudadanos Representantes, allí no se habla de Coro dudoso, ni de Maracaibo recalcitrante, ni de Guayana problemático, nó! Allí se habla de la Patria Grande, única, integral, que surge contra la temeridad, contra la prudencia, contra el destino mismo. Y no contra Dios, porque Dios estuvo donde está siempre: al lado de la libertad humana.

El Poder Ejecutivo opina —como opina la Sociedad Patriótica— por la inmediata declaratoria de la independencia. Así son los Poderes Ejecutivos.

Desde el 3 de julio Juan Antonio Rodríguez Domínguez, el presidente, consideró llegado el momento de la independencia absoluta. Así son los Poderes Legislativos.

Y en la duda el joven de la voz chillona, con gesto desaforado e impulsivo y fuera del reglamento —como estuvo Bolívar siempre cuando el reglamento podía ser la perpetua asechanza de la mediocridad organizada y los leguleyos de Ocaña dormían potencialmente en los leguleyos retardatarios de ese instante— en tanto la emoción suprema le demuda el semblante de sus veintiocho años y troquela de súbito en los rasgos contraídos, la estampa del grande angustiado de 1830. Y grita con una desesperación inmensa: "esas dudas, son tristes efectos de las antiguas cadenas".

La Sociedad Patriótica irrumpe en el Congreso bajo ese grito con el discurso de Peña en que reclama esa independencia "y si es necesario sostenerla muriendo, que muramos todos".

Retirados del salón los jóvenes de la Sociedad Patriótica, continúa la sesión secreta, la imponente vigilia, la vela de armas de la República. Aquellos hombres que van de un extremo a otro del templo, que se alargan plumas a firmar; que se tienen en el ángulo de un mueble, o gesticulan en el fondo de un grupo mientras la fatiga de la hora hace inclinar pesadamente la testa de los que presiden y de los que trabajan, entran en la grande historia del siglo. Y se difiere para consultar con el poder ejecutivo: el cuerpo deliberante quiere cerciorarse de si el paso que se va a dar es compatible con la seguridad pública. Porque así son los poderes civiles.

Y adviene el cinco. Es Miranda quien enciende la primera antorcha del fuego sagrado. Cabrera, el barinés, reclama enérgicamente que se requiera la presencia de esos eternos ausentes en las horas del compromiso:

Bermúdez, el oriental, cree que es prematura la independencia; Felipe Fermín Paúl, pretende legislar la libertad para no caer en el libertinaje; Alamo, el caraqueño, pide, magnífico, que le den su pasaporte a los descontentos —porque siempre hay un imprudente que dice las cosas de mayor prudencia—. El bueno del clérigo Maya, andino, se agarra tímido del legajo de las instrucciones de sus comitentes; pero Briceño, andino también, salta y trata de convencerlo con la voz estremecida de patria grande, y como si presintiera algo en el fondo de los siglos, dícele "que los tiempos han cambiado". Otro presbítero, Méndez, que vino por Guasdualito, invoca la fe jurada al Monarca y sostiene a Maya. Peñalver se levanta, pálido como su tiempo y como su raza, y con una suave ironía expone que la Providencia "ha resuelto ya castigar a la España porque el cielo nos redime de nuestros males por los mismos medios que se nos causaron". Cierra el debate bruscamente ¡y se vota la independencia de Venezuela!

Esa tarde sesionó el Congreso otra vez. Roscio e Iznardi van a redactar el acta —esa que acaban de besar nuestros ojos y cuya llave guarda en este momento sobre su corazón venezolano el Presidente de la República—. Miranda, Sata y Bussi y Clemente, le darán a la Patria su bandera y su escarapela; Paúl el juramento; Peñalver los límites de las siete Provincias. Dos días después, el 7, firman al pie de la carta matriz los representantes de esas provincias; Caracas, Barinas y Cumaná, que fueran antes de gobierno separado, dependientes de la Capitanía General en algunas materias; Barcelona dependencia o partido de Cumaná; como Trujillo y Mérida lo eran de Maracaibo. Margarita, pobre y sola, perla mínima en la gran concha de turquesas caribes. Representadas estaban, sin embargo; todas en el Congreso y en esa magna circunstancia enraizan el derecho de sus

autonomías. Pero Valencia goda, Valencia inconforme, con Istueta, Britapaja, Oyarzábal, Errotevereda, Botero y una mano de curas resueltos, es la que asoma invocando una lealtad absurda a la corona y por celo de la villa rival. ¡Que así son las rivalidades de estos pueblos nuestros!

Esa en trazos al sesgo, la patria en función de parto. De allí irán surgiendo los Estados Unidos de Venezuela en cuyo nombre, desde aquéllas voces quedas o estentóreas en la capilla del Seminario Tridentino hasta las postreras descargas en el rincón de los muertos que el inca llamó Ayacucho, esos Estados Unidos que sólo han vivido de la gloria y han supervivido por su sóla voluntad de vivir. Con aquéllos hombres graves o sonrientes que llevaban en la corbata deshecha un aire girondino y en la sonrisa acaso un dejo escéptico del Directorio —especie de perfume sutilísimo con que la vieja Castilla se remozaba en América— la Castilla de las cartas-pueblas, la heredera y causahabiente del antiguo municipio romano, he aquí cómo se transfigura en la época sin perder su esencia: En aquél ambiente legislativo y agrícola de la primera patria, bajo la simplicidad con que se llevaba a cabo la transformación espiritual de una raza ¿quién iba a soñar que dormían allí en los rincones más lejanos del salón, replegadas en sus alas las victorias magnas que echarían a volar sobre América el breve nombre de un hombre y la cifra quíntuple de una Venezuela multípara?

Es menester, venezolanos de Venezuela, es menester que nos miremos un poco por dentro, en el fondo de los corazones. Mucha sangre de antepasados comunes —la del hacendado y la del esclavo, la del filósofo y la del estulto— se bebió indiferente esta tierra nuestra insaciabe: en la llanura triste, en el páramo inaccesible, en la selva poblada de alimañas. Mucho hueso común se vol-

vió polvo en el polvo de los bosques donde yace el oro y despierta el tigre; en la sabana que ensangrienta el sol todas las tardes y lavan las primeras lluvias de setiembre. Ah! hermanos de Venezuela! Mucha ira y mucha pena y mucho agrio pan partieron las manos de los nuestros bajo la misma tolda de nuestras guerras civiles o en el campo raso de nuestras persecuciones implacables, para que en la hora de nuestra reincorporación civil, cuando debemos seguir la línea ascendente en el diagrama de las ambiciones nobles, en la hora misma en que nos estamos acordando de aquéllos que nos dejaron ésto, estemos contemplándonos, ni siquiera en pensamiento, con el corazón añudado de odios ínfimos y con los ojos turbios de incomprensión preconcebida o sorprendida.

Ciudadano Jefe del Poder Ejecutivo de la República; Honorables Senadores; Honorables Diputados:

El Parlamento de Venezuela, heredero de esa augusta tradición que nació aquí mismo hace un siglo y tercio, y que si no puede empinarse hasta aquéllos patricios no es porque le falte la pobre voluntad, declara esta doctrina de la unidad nacional, de la Venezuela integral, una y única, sin rencor y sin miedo, como el sólo homenaje que podemos presentar ya de cara al futuro, en manos de una nación que merece su abolengo, de un pueblo que cueste lo que cueste, se incorpora con su tradición y con su gobierno, a la marcha de la civilización.

Este 5 de julio de 1939, declaro abierta la sesión Solemne del Congreso de los Estados Unidos de Venezuela.

INDICE

Pág.

Nota al Impresor.. 5

Cámara de Diputados.—(Sesión vespertina del día 29 de junio de 1939.—Presidencia del Diputado doctor J. Farías Font). 7

LARA.—En el Teatro Juárez de Barquisimeto, la noche del 6 de junio de 1938.—Tema: "La Pequeña Anarquía" 21

MERIDA.—En el Paraninfo de la Universidad de Los Andes, en la tarde del 12 de junio de 1938.—Tema: "Trabajo y Letras" 25

TACHIRA.—En el "Salón de Lectura" de San Cristóbal, la noche del 18 de junio de 1938.—Tema: "En el Táchira y frente al Táchira" 41

CARABOBO.—En "Arenas de Valencia", la noche del 15 de abril de 1939.—Tema: "El Martillo de Valencia" 55

CARACAS.—En el Congreso Nacional y en la Sesión Solemne de Conmemoración de la Batalla de Carabobo y de Homenaje al Soldado Desconocido de Venezuela en el Día del Ejército, 24 de Junio de 1939.. 77

En la Sesión Solemne del Parlamento, el 5 de Julio de 1939 ... 85

Se terminó la impresión de esta
obra en los talleres de la Edi-
torial Elite, Lit. y Tip. Var-
gas, en Caracas, Vene-
zuela, el día 14
de julio de
1939

